

uramente académico,  
la leído a Maquiavelo,  
gusta Platón, lo sé), y  
No te rías. ¿No ves  
rías, una buena figura.  
os en la Edad del Sex

a desde tus hombros,  
la tu prestigio o aca-  
aventud. En eso te le  
n superiores, más am-  
solamente el poder  
todos los tronos en la  
soberbia, pero tenías  
bastidores, haciendo  
Sabías que bastaba  
desgana, para que el  
coyuntara y desapare-  
as invitaciones que lo  
e a actividad política.  
quien habla. No me  
tú, aunque deseaste  
tenías el don de la

## LAS MASCARAS

(Obra en tres actos)

Pedro Juan Soto

Secretaría Multidisciplinaria  
Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico  
Recinto de Río Piedras

27/08/04 JCS

1081541

mascaras es



PERSONAJES:

Marcos Almodóvar	— J. J. ...
César Calles	— ...
Ricardo Obregón	— J. ...
Atilio Fuentes	— ...
Arminia Calero	— ...
Anita	— ...
Don Jaime	— ...
Doña Fermina	— ...

LUGAR DE LA ACCION: Primer acto: Lugar desolado (cementerio) y habitación de César en casa de hospedaje (1920).

Segundo acto: Lugar desolado (cementerio), "Café Delicias" y restaurant "El Dragón de Oro" (1923-1931).

Tercer acto: Lugar desolado (cementerio) y biblioteca de César Calles (1958).

EPOCA: Años de 1920, 1923, 1931, 1958.

NOTA: Los escenarios usados en esta obra serán simples esquemas de lugares reales. Puertas y ventanas podrán ser simuladas con marcos de madera o de alambre. Aun la misma biblioteca del Tercer acto podrá ser representada por grandes lienzos con ilustraciones de dorsos de libros.



ACTO I  
ESCENA I

*Al levantarse el telón, sólo la zona izquierda del escenario estará iluminada. En ella aparecerá Marcos Almodóvar con corbata negra, en actitud solemne. Su manera de dirigirse al público será ambigua: por momentos, parecerá un simple maestro de ceremonias en un espectáculo; otras veces, un político subido a la tribuna; otras, el orador principal en un banquete; y, a ratos, aquel que despide un duelo.*

MARCOS (*al público*): Amigos... Y enemigos, ya que no le hemos prohibido la entrada a nadie en este acto. Amigos y enemigos de César Calles. (*Mirando hacia un extremo de la sala.*) César amigo. (*A todos, cogiéndose las manos a la espalda.*) Yo no creo —digámoslo de una vez— en los días nublados. (*Alza la vista al cielo.*) Me podrán decir ustedes que eso es negar la Naturaleza. Y quizá sea cierto. Pero mi naturaleza de ser



humano —naturaleza tan válida como la otra— es ésta: no creer en los días nublados . . . Las nubes negras están ahí: todos las vemos. Un aire frío nos recorre el cuerpo. Todo parece anunciar lluvia —quizá en torrentes—, truenos, relámpagos, y alguno que otro rayo que ocasionará la muerte de quien sabe cuántos. *(Al público.)* Sin embargo, esas nubes negras no nos impiden, por lo menos, recordar el cielo azul. Cielo azul que hasta esta mañana estuvo ahí, cielo azul que esta misma tarde volverá a estar ahí. *(Pausa.)* Este día nublado no parece el más apropiado para un acto como éste, de homenaje. *(Mirando en derredor.)* Y aun el mismo decorado ante nosotros puede parecer inadecuado. Pero eso es si nos dejamos llevar por las apariencias. *(Con énfasis.)* Y debemos recordar que, por lo regular, las apariencias engañan. Yo digo que nunca, y especialmente ahora, nadie se debe llamar a engaño. *(Pausa.)* Se trata, aquí, de un homenaje. De un banquete sobrio, si se me permite la imagen. Un banquete de ideas. Se trata, aquí, de mirar a la cara a un gran hombre: a un verdadero rebelde, a un auténtico prócer, a un simple gigante: César Calles. Si César esconde la mirada, es porque piensa que éstos son calificativos altisonantes, indignos de él, exagerados . . . Pero César siempre ha sido un hombre de modestia excesiva, demasiado humilde. Y la humildad, que en tantas ocasiones es admira-

ble, es en ciertos momentos censurable. En el caso de César, con perdón de él, la encuentro injusta. César Calles ha sido mucho más que un simple dueño de periódico en esta Isla falta de organismos de Prensa, mucho más que un simple hombre de negocios de conocido éxito en esta Isla de pobres recursos, mucho más que un simple jíbaro —nacido y criado en la miseria— que escaló al poder y a la gloria. Estas cosas de por sí colocan a César Calles en un sitio, pero son insignificantes si las situamos junto a las magníficas cualidades humanas de este prócer, de este ser sobrehumano. Porque yo, un sencillo profesor universitario pero un hombre que ha viajado bastante por el mundo, jamás he encontrado, dentro y fuera de Puerto Rico, persona tan bondadosa, tan comprensiva, tan ecuánime, tan valiente como César Calles. Allá, César ha vuelto a renegar. Pero esta es la hora de la verdad, César, y no puedo callar. *(Pausa.)* Con motivo de este día ya hemos leído extensos panegíricos en torno a este hombre. También ha habido quien, a pesar de la hora, no ha escatimado en restarle mérito a la obra de César Calles. Pero pasemos eso por alto, ya que la lógica es irrefutable: un opositor del Gobierno siempre provoca oposición de parte del Gobierno. Pero aun estas mismas personas no pueden negar los hechos, por mucho que se esfuercen. El hecho de que un niño nació y se crió en un bohío



oculto en el manglar. Que ese niño quedó muy pronto huérfano de padre y al amparo de su pobre madre, lavandera de oficio. Que ese niño recordaría luego, en tertulias con sus amigos, las condiciones grotescas de su infancia: la visión de una mujer vestida de harapos e inclinada sobre una tina, la visión del ruinoso bohío, la visión de inmensas plagas de mosquitos, y la visión de los sarnosos perros realengos que merodeaban por allí. Eso lo recordaría luego el niño con dolor, con bochorno casi, a veces con odio. Porque ningún ser humano merece tan poco al abrir los ojos a la vida. *(Pausa.)* Esa pobre lavandera no logró sobrevivir al ambiente ni a la sacrificada tarea de mantener a su hijo. Afortunadamente, murió cuando ya su hijo podía librárselas por sí solo o casi por sí solo. Tenía poca instrucción este niño, pero en matemáticas era ya un graduado. El hambre le había enseñado a restar, sobre todo, los sueños, la esperanza; a sumar casi algebraicamente. Y así dejó César Calles el bohío ruinoso en el manglar: con veinte años auestas, dos o tres perras en el bolsillo, y un indecible afán de borrar de su mente la miseria. Vagando por varios pueblos de la Isla, se detuvo en Saliante: pueblo más chico que el más chico de los nuestros de ahora. Pueblo amodorrado, pueblo triste. Allí, en la plaza, durmió dos noches seguidas. Y hubiera seguido camino, sino llega a apia-

darse de él doña Fermina Pérez, que en paz descansa, esposa del panadero, administradora de la única casa de hospedaje en el pueblo. La buena señora le consiguió trabajo en la pulpería de don Jaime Urbiztondo, que también descansa en paz. Estas personas, si vivieran, podrían dar cuenta de aquellos meses en que conocieron y llegaron a amar a César Calles. La década del veinte comenzaba... Todavía estaban frescos en la memoria los estragos de la Primera Guerra Mundial... Y el pueblo era un pueblo más que chico... Amodorrado. Casi desierto. Polvoriento y triste, como una hoja caída. Y, como esa hoja, amargo...

*(A la vez que se apaga la luz sobre Marcos, se encienden las que iluminan el centro del escenario. Hay allí un catre militar, un antiguo lavabo de madera con jarro y palangana, un espejo pequeño, una mesa y una o dos sillas sobre las cuales están tiradas algunas sucias prendas de vestir de hombre. César yace en el lecho. Tiene veinte años, y su palidez, su lentitud al hablar y al moverse, su rostro macilento dejan ver algo de la miseria ambiental por la cual ha pasado. Entra la criada -Anita- con una escoba y un plumero, vistiendo delantal.)*



ANITA (*entrando, se sorprende*): ¡Ay, perdóne! Yo creía que también estaba en misa.

CESAR (*incorporándose*): No, yo tengo cosas mejores que hacer. Descansar.

ANITA (*aspavientada, se persigna*): ¡Que Dios lo perdóne! ¡Que no le tenga en cuenta eso de hablar así! Si lo llevo a saber, rezo en la misa de seis por usted. (*Va a salir.*)

CESAR (*saliendo del catre*): Pero, oye, ¿tú no venías a limpiar?

ANITA: Sí, señor. Pero como usted entuavía ta tendío.

CESAR: Pues ya me quité. Limpia.

ANITA (*mirando hacia la puerta*): Sí, señor. Pero es que . . .

CESAR: Si quies, abre la puerta . . . en lo que limpias. Como parece que no eres confiá . . .

ANITA: No, señor, si yo sé que usted no me va a jacer na malo. Pero doña Fermina siempre dice . . . Uno no debe llevarle la contra a la dueña, si ella no quie que uno entre a los cuartos cuando están los inquilinos. (*Mira otra vez hacia la puerta y titubea, pero acaba por dirigirse al catre.*) ¿Usted es de la Isla? (*César asiente con la cabeza y la criada comienza a sacudir el lecho.*) ¿De qué pueblo?

CESAR (*encogiéndose de hombros*): De muchísimos. De cualquiera.

ANITA: Y es güérfano, dicen. Sin naide que vele por usted.

CESAR (*melodramático*): Solito soy. Como un palomo perdío, que busca su nío. Volando y volando siempre: achicharrao por el sol y enchumbao por la tormenta.

ANITA (*sonriendo*): Ay, tan guasón. Ya habrá quien lo quiera. Un hombre tan bien . . . (*Tímidamente.*) Bueno, tan bien pareció. (*Sonriendo otra vez, sacude con más fuerza el lecho.*) Tan labioso que dicen, tan trabajador.

CESAR (*sonriendo*): Dice quién.

ANITA: Bueno, la gente que compra en la pulpería. Y el mismo don Jaime. Y dicen que tan por darle trabajo de noche también en el cafetín de don Celestino Ruiz.

CESAR: A ver si me lo dan. Pero aquí se sabe to en seguía, porque anoche fue que hablé con don Celestino.

ANITA: Claro que se sabe to. Si no hay más na que hacer.

CESAR: Eso mismo. Uno se atortuja. Y yo no quiero que me pase. Pa eso quiero trabajar también de noche. (*Pausa.*) ¿Cómo te llamas?

ANITA (*haciendo una reverencia*): Ana, pa servirle a usted y al que mande.

CESAR: ¿Y qué hace la gente en este pueblo pa no atortujarse?



ANITA (*encogiéndose de hombros*): Van a misa. Van a la novena. Van a la plaza. Y van . . . por ai.

CESAR: ¿Por ai?

ANITA: Sí, apestillaos.

CESAR: ¿Tú también?

ANITA: Mire, yo no. Si mamá me coge . . .

CESAR: ¿Entonces no piensas en casorio?

ANITA (*se encoge de hombros*): Ya vendrá quien sea. Pero aquí . . . (*Comienza a recoger las prendas de vestir.*) ¡Ay, Dios santo, tanta ropa sucia!

CESAR: No sé quién la va a lavar, porque no conozco . . .

ANITA: Yo se la lavo, después que se lo diga a doña Fermina.

CESAR: Ah, tú también lavas.

ANITA: Sí. Yo lo hago to aquí. Menos cocinar, porque doña Fermina es la que cocina pa los cuatro inquilinos y pa . . . Bueno, pa tos. Pero yo sé cocinar y lavar y planchar y coser y . . .

CESAR: Yo conocí una lavandera, una vez. (*Sombrío.*) Que no era lavandera na.

ANITA: Ah, pues yo sí. Ya verá cuando le traiga to esto, sin mugre.

CESAR (*sonriendo*): ¿Y cómo es que hoy estás hablando tanto, y otras veces . . . ? Hacen dos semanas que toy aquí, y te he veío subir y bajar y andar por ai . . . Pero siempre lo más seriota.

ANITA: Ay, es que uno no debe. Mire, si doña Fermina se fija mucho. Y uno, después de to, tie que respetar.

CESAR: Las piernas se te ven, cuando vas por las escaleras.

ANITA (*llevándose las manos a la cara*): ¡Ay, Dios mío!

CESAR: Pero ¿por qué te asustas, si eso no es na malo? Ties piernas lo más bonitas. (*Agarrándose un pie.*) Yo tengo un juanete lo más lindo. ¿Lo quies ver?

ANITA (*riendo*): Ay, quite pa allá.

CESAR: Uno no se debe abochornar de lo bonito que tie. (*Saca un solo cigarrillo del bolsillo.*) ¿Tú no fumas?

ANITA (*aspavientada*): ¡Mire, cristiano!

CESAR (*con sorpresa fingida*): ¡Ah, no fumas? (*Sacudiendo la cabeza.*) Qué cosa más rara.

ANITA: ¿Rara? ¿Cuándo usted ha veído mujeres fumando? Eso es pa hombres y pa . . . pa mujeres malas.

CESAR: Las que yo veí fumando no tenían na de malo.

ANITA (*interesada*): ¿Dónde?

CESAR (*con un ademán vago*): Por ai. En muchos pueblos. Muy señoronas que eran, y fumaban. Se escondían pa eso, claro. Porque la gente y que habla. Pero la gente que habla, si uno va a ver, fuman también. Y hablan y critican na



más que pa que otro no se dé el gusto. Porque el mundo es asina.

ANITA: Bueno, eso en verdá no jace falta.

CESAR: ¿No jace falta? (*Mirando el cigarrillo.*) A mí me jace mucha falta. Y una de esas señoronas que conocí, que fumaba en cachimba, decía que si le quitaban la cachimba . . . Bueno, si se la quitaban se moría. Porque sin soñar, ¿quién pue vivir a gusto?

ANITA (*riendo*): Eche pa allá. Y qué cachimba. (*Pausa.*) ¿Y qué tie que ver lo que uno sueña con el fufhao?

CESAR: Tie que ver mucho. ¿Tú nunca te has puesto a mirar las nubes, y a pensar en lo que dibujan? (*La criada asiente con la cabeza.*) Pues con el humo uno jace lo mismo. (*Aspira una bocanada y la lanza a lo alto.*) Pero, claro, uno tie que saber bien lo que quie en la vía. Y buscarlo en el humo, hasta que aparezca. Eso, uno pratica y dispué viene solo. (*Lanza otra bocanada.*) Fíjate: eso que se ve es una melena de mujer. La que se va a casar conmigo.

ANITA (*avanza a paso lento hacia el humo, absorta*): Pero si toas tien melena.

CESAR (*ojeándola a ella*): Sí, pero ésta es especial. (*Acariciando el humo.*) Suave. Suavito.

ANITA: Se lo lava to los días.

CESAR: Y tie unos ojos . . .

ANITA: ¿Negros?

CESAR: No toy tuavía seguro de eso. Pero son lindos.

ANITA: Yo los tengo negros, pero con el sol se me cambean.

CESAR: Ya no veo más na.

ANITA (*excitada*): ¡Hágalo otra vez, hágalo otra vez!

CESAR: Ah, pero es que no se pue mucho. El humo se cansa también.

ANITA (*implorante*): ¡Una vez y más na, bendito!

CESAR (*aspira y lanza otra bocanada*): Vamo a ver. (*Contemplando el humo.*) Ah, ahora ta más lejos la muchacha. Ta en un sitio . . . (*Hace un esfuerzo para distinguir detalles.*) Hay mucha yerba, y la muchacha ta como perdía . . . o como buscando algo.

ANITA (*contemplando el humo*): ¿En el monte? ¿Ta en el monte?

CESAR: Parece. Pero . . .

ANITA: Yo creo que es el monte de ai al lao. Por donde se apestillan.

CESAR: Se fue otra vez. Se acabó el humo. (*Ofreciendo el cigarrillo.*) ¿Por qué tú no pruebas? Es lo más fácil.

ANITA (*mirando el cigarrillo*): Ay, pero ¿y si el humo no sale y se me quea dentro? ¡Y se me va a los sesos!



CESAR: No se va na. Tú hace un buchecito y lo suelta en seguía. *(Coloca la mano libre en la nuca de la criada y adelanta el cigarrillo poco a poco hacia sus labios.)* Además, si te sube el humo no te pasa na. Te queas un ratito como en una nube. Y eso no es malo, porque entonces uno oye música y baila como en almohadas, y nadie le grita a uno, y no hay que hacer ningún trabajo. ¿A ti no te gustaría tar siempre en una nube, retirá de to lo que da coraje? Anda. Fuma un poquito. Un buchecito y lo botas en seguía.

ANITA *(temerosa, mirando el cigarrillo)*: Si me mareo, ¿me aguanta?

CESAR *(abrazándola)*: Claro. ¿Pa qué toy aquí? *(La criada acepta el cigarrillo que César sostiene, aspira una bocanada y la suelta rápidamente.)* Fíjate ahora, Anita. La muchacha en el monte. Y llega el muchacho. Y se abrazan.

ANITA *(lela ante el humo)*: ¿Es de día o de noche?

CESAR: El sol se ta poniendo, no te preocupes. Y ahora, abrazaos... *(Cuchichea.)* Se tan besando. Y ahora...

ANITA *(rechazando la visión)*: ¡No siga, no siga! El Padre Cura dice... *(Se tambalea.)* Ay, me mareo.

CESAR *(abrazándola más)*: No te apures, que yo no te deajo caer. Arrecuéstate y no te apures.

Arrecuéstate y... *(La besa tiernamente en la boca.)*

ANITA *(retorciéndose débilmente)*. Bendito, mire...

CESAR *(sin soltarla)*: Tas en una nube y naide te ve, y naide te oye... *(Continúa besándola, mientras ella hace un último intento de rechazarle y por fin cede a los avances.)*

## ESCENA II

*Se apagan las luces del centro del escenario, y se enciende el foco que ilumina a Marcos Almodóvar, quien sigue hablando como si no se hubiera interrumpido.*

MARCOS: ... Pero César no era un joven que se dejara vencer por la amargura. Se adaptó al ambiente. Trabajó duramente. Ganó amistades y admiradores por doquier. Y tanto agradó a don Jaime Urbiztondo, dueño de aquella pulpería donde trabajó, tanto le impresionó con su dominio de los números, que tres meses después llevaba las cuentas del negocio. Lamentablemente, su sueldo no era nada que le permitiera siquiera hacerse de las cosas más imprescindibles, y por eso solicitó y obtuvo trabajo de noche en un cafetín del mismo pueblo. Llegaba agotado a su



cuarto en la casa de hospedaje, pero al día siguiente, temprano, se hallaba de nuevo en pie para servir a don Jaime Urbiztondo. Meses azarosos, ésos, sin tiempo para distracciones ni sosiego, casi. Pero jamás se quejó César Calles del sudor pesado que le envolvía. Jamás dudó de que éste fuera su Destino: trabajar y trabajar y trabajar. Sin embargo, al cuarto mes de vivir y trabajar en aquel pueblo . . .

*(Apagón en la zona de la izquierda, iluminación al centro. César, con camisa almidonada, se arregla ante el espejo. Entra Anita, a hurtadillas.)*

CESAR *(viéndola por el espejo)*: ¿Cómo te atreves?

ANITA *(frunciendo el ceño)*: ¿Vas pa misa? ¿No te vas a quear conmigo?

CESAR: Hoy no pueo. Ya he faltao dos domingos seguíos. *(Mira receloso hacia la puerta.)* Seguramente te han veío subir. Ya no te fijas en lo que la gente pue decir.

ANITA: No me vieron, no me vieron. Tan en la sala, dando lata con los otros inquilinos.

CESAR *(se ajusta la corbata e intenta salir)*: Me tarán esperando, así que . . .

ANITA *(abrazándole)*: ¿Por qué ya tú no quieres tar conmigo, César? ¿Qué yo te he hecho?

CESAR *(consolador)*: Yo quiero tar contigo, Anita. Pero me tan esperando pa misa, y además . . .

ANITA: Fueron embustes, ¿sabes? Fueron embustes.

CESAR *(suspica)*: ¿El qué?

ANITA: Lo que te dije. Aquello. No taba na. Fue . . . fue un atraso.

CESAR *(abrazándola)*: ¿Tú ves? Lo que pasa es que tú eres muy nerviosa, y eso te jace daño. Yo sabía que no. Yo sabía. Pero, Anita, de ahora en adelante hay que . . . tener cuidao. Cosa de que no jaiga peligro, ¿ah? Yo paso por la botica y . . .

ANITA *(sollozando)*: Vamo a casarnos, César.

CESAR: Ahora no podemos. Yo toy empezando a ganar una poquita de plata, ahora.

ANITA: ¿Y cuándo, César?

CESAR: Deja ver si dispué. Pronto, no te apures. Mejor es que no estés preñá, porque así . . . Esto de casorio hay que prepararlo poco a poco. No se pue ir a la ligera.

ANITA: Yo creo que tú no piensas nunca casarte conmigo.

CESAR: Pero ¿cómo no? Cómo no. Pero ya te digo . . .

ANITA: Y si yo me queo otra vez, César. Y lo tengo a escondías. Y dispué . . . Pero no. Mamá me mata, si se entera.



CESAR: Claro. Y además, no es bueno. Una obligao, entonces.

ANITA: Obligao. ¿Obligao a qué?

CESAR (*evasivo*): No. Yo digo... Obligao a... A tener que... A tener que fabricarle una cuna al nene. Porque tú sabes que un nene tie que dormir en una buena cuna, hecha por su propio pae. (*Besándola en la mejilla.*) El otro domingo me queo contigo, ¿sabes? El otro...

ANITA (*apartándolo bruscamente*): ¿Qué quies que te hagan ahora? ¿Obispo?

CESAR: Pero ¿qué te pasa? ¿A qué viene eso?

ANITA (*con un grito susurrado*): ¡Porque es lo único que te falta! ¡Quieres ser de to en este pueblo! ¡Y en el mundo entero! Le llevas las cuentas a don Jaime; a don Celestino lo hiciste poner una fonda en el mismo cafetín; de lo que ganas le prestas chavos al veinte por ciento a to el que quie beber más ron! ¡Y la gente mira y dice: Ese muchacho va a ir muy lejos!

CESAR: ¿Y no te gusta que digan eso de mí?

ANITA: ¡No! Porque me vas a dejar atrás. De tan lejos que vas a ir, me vas a dejar bien atrás.

CESAR: No seas boba, Anita. (*Volviendo a abrazarla.*) Tú sabes lo mucho que yo te quiero. Y a dondequiera que yo vaye, te voy a llevar.

ANITA (*sollozando*): Ahora no sales de misa. Y yo...

CESAR: El alcalde va a misa. Don Jaime va a misa. To el que vale algo va a misa.

ANITA (*amargada*): Yo ya no voy a misa.

CESAR: Porque tos los domingos quies tar conmigo dende la madrugá. Porque no te aguantas. (*Corrigiéndose.*) Digo... Ta bien. Así me gusta que seas conmigo. Pero hay que ser fuerte, sacrificarse uno. Mira a ver yo. Yo también quiero tar contigo. No me pueo aguantar casi. Pero también tengo que dir a misa, pa figurar. Porque primero tengo que buscarme una posición en la vía, como dice el notario. Pa que to el mundo mire dos veces antes de decir na.

ANITA (*reflexionando*): Una posición en la vía.

CESAR: Claro, Anita. Trepase a lo bien alto pa poder escupir por encima del hombro.

VOZ DE MUJER: ¡César!

CESAR (*cruzando hacia la puerta*): Me tengo que dir. El otro domingo, te dije. Es más: si tú quieres, yo me jago el enfermo otra vez, y tú también, y nos encontramos en el monte un día de la semana. ¿Te arrecuerdas, Anita? (*César regresa a ella para acariciarle el pelo.*) Como la otra vez. Oliendo la yerba, que no es verde sino azul. Acostaos en el cielo, que no es azul sino verde. ¿Te arrecuerdas? (*Anita asiente con la cabeza, mordiéndose los labios para contener los sollozos.*) Tú no estás... (*Le mira el vientre.*)



¿Verdá que no? (*Anita se cubre el vientre con una mano y sacude la cabeza.*) Pues entonces, el otro domingo . . .

VOZ DE MUJER: ¡César, que se hace tarde!

CESAR (*gritando*): ¡Voy, doña Fermina! ¡Es que no encuentro el misal! (*A Anita.*) No llores, bendito. No llores. (*Anita, todavía mordiendo los sollozos, vuelve a sacudir la cabeza. César camina de espaldas hacia la puerta.*) Tengo que dirme, Anita. (*Sale.*)

ANITA (*rompe en sollozos y se frota el vientre*): Una posición en la vía. En la vía.

### ESCENA III

*Las luces se apagan sobre la criada, se encienden sobre Marcos.*

MARCOS: . . . Sin embargo, al cuarto mes de vivir y trabajar en aquel pueblo, César comenzó a sentir las presiones del ambiente. Muchos de nosotros hemos tenido amplias pruebas del provincialismo isleño: esa xenofobia que lastima nuestras dotes, que nos despersonaliza. Claro está, el recelo hacia los extranjeros que nos visitan es un sentimiento de minorías entre los puertorriqueños, pero esas minorías logran con frecuencia ganarse la voluntad de algunos miembros de la

mayoría, y al fin vemos surgir, donde antes había un genuino sentido de hospitalidad, ese ambiente caldeado, agrio, malsano, que imposibilita todo esfuerzo de comprensión y amistad. Y yo digo: ¿por qué no abrir los brazos a los extranjeros? ¿Por qué no agradecerles todo lo que vienen a enseñarnos, en cuestiones de nuevos métodos y técnicas que nos pueden ser útiles? ¿Y por qué, a cambio de esos magníficos conocimientos, no permitirles el uso de todas nuestras facilidades? (*Pausa.*) Pues bien: esa xenofobia, ese recelo hacia el extranjero, hizo presa de César Calles en aquel chico — ¡muy chico! — pueblo. La gente comenzó a rumorar despectivamente sobre sus acciones y su personalidad. Decían —siempre a sus espaldas, claro— que era “un jaiba”, “un tipo de cuidado”, “un intruso”. ¿Y qué era lo que hacía César Calles, sino aconsejarles ir hacia el progreso? En conversaciones casuales, aconsejaba a los comerciantes expandir sus negocios, aprovechar la demanda de más facilidades entre sus clientes. Eso, naturalmente, conllevaba gastos, pero esos gastos podían ser recuperados con creces mediante una hábil administración. Al zapatero le decía: “Compre botas militares al Ejército, que tiene de sobra después de la guerra y está dispuesto a venderlas baratas. Y revenda esas botas a los pobres campesinos que andan descalzos.” Al cafetnero le decía: “Ponga dos o tres mesas aquí, y dígame a su



esposa que cocine arroz y habichuelas para diez o quince personas, y sirva almuerzos a los que trabajan en la caña y a los que después de unos tragos no quieren ir a comer a sus casas." Algunas de estas personas a quienes César aconsejó, siguieron sus buenos consejos y prosperaron en sus negocios. Prueba de ello fueron algunos donativos que César recibió —¡muy generosamente!— y que le permitieron aumentar un tanto sus pocos ahorros. Pero, desgraciadamente, esas pocas y generosas personas no lograron contrarrestar las habladurías y el desdén de otros hacia César. Y tampoco lograron convencer a César mismo —un ser vulnerable a la desidia, después de todo— para que se instalara definitivamente en aquel pueblo . . .

*(Se apagan las luces sobre Marcos y se encienden sobre César, que examina un libro de cuentas sobre la mesa. En torno a él se pasea un anciano, don Jaime Urbiztondo, quien luce nervioso.)*

DON JAIME (*paseándose*): Yo comprendo, César, que el domingo es sagrado. Que no se debe molestar a nadie pa cuestión de cuentas. Pero . . .

CESAR: Es que yo tengo un compromiso, don Jaime. Y horita vienen por ai, y yo atascado con números.

DON JAIME (*contrito*): Yo sumé y sumé, César, antes de venir a molestarte. Pero no me dio.

CESAR (*pone el lápiz sobre el libro de cuentas y se recuesta en la silla*): A mí tampoco me sale. (*Con suspicacia.*) ¿Ta seguro que apuntó to el fiao de la semana?

DON JAIME (*con sinceridad*): Seguro, seguro.

CESAR: Entonces . . . ¿usté cree que yo dejé de apuntar algo pa coger dispué los chavos?

DON JAIME: ¡No, César, de ningún modo!

CESAR: Porque yo muy bien pueo decirle: Sáqueme los doce cincuenta del sueldo, aunque no me sobre na. Pero eso no borra la mancha, ¿verdá?

DON JAIME: Pero si yo no quiero cobrarte na a ti, César. Yo te debo mucho más por lo que tú has hecho por mi negocio. Ideas nuevas que dan resultado. Simpatía con el público. Cortesía. Rapidez. Gente que nunca me compraba, ahora entra a mi negocio como en su propia casa. Saben que los van a atender rápido y bien. No como antes, cuando yo estaba solo y el reuma no me dejaba avanzar. Lo que pasa es que anoche no podía dormir, y no tenía qué leer. Y me puse a . . . Tú sabes que yo apenas hago caso de las cuentas, que tú eres el que . . .

CESAR (*alterado*): ¡Déjese de embustes, don Jaime! Usté revisa toa las cuentas, toas las semanas, tos los meses. Y no se duerme hasta tar



seguro que to cuadra. (*Viendo que don Jaime intenta protestar.*) Yo no toy contra eso, don Jaime. Yo haría lo mismo, si fuera mío el negocio, porque uno siempre debe atender sus propios intereses.

DON JAIME (*cabizbajo*): Yo no he querido ofenderte, muchacho. Un hombre como yo, que te aprecia, que no tiene na más que hijas mujeres, que... (*Alzando la vista.*) No debía haber venido. Poner los chavos de mi bolsillo, y sanseacabó, pa que no diga na el Colector de Rentas Internas cuando venga y mire.

CESAR: Le va a doler mucho, don Jaime.

DON JAIME: ¿El qué?

CESAR: Poner usted mismo los doce cincuenta. Un hombre que no da un paseo porque gasta suela de zapatos. Un hombre que no se da un palo. Un hombre que cuando tie que gastar en un viaje a San Juan pa mercancías, lo piensa siete veces, y a la ocho empieza a buscar quién va pa San Juan a otra cosa pa ver si le trae lo que usted necesita. (*Don Jaime lo mira confundido.*) Pero no va a tener que poner esos doce cincuenta. Ni yo tampoco. Porque to eso se lo deben entre (*enumerando con los dedos*) doña Lola Travieso... Martín Díaz... Secundino Flores... Juanito Gómez... Fonso Pujals... Y pueo seguir, si tuavía no se arrecuerda.

DON JAIME (*se le ilumina el rostro*): El tabaco de Fonso... el arroz de Secundino...

CESAR (*recordando*): Percal: cuatro veinticinco de doña Lola... Las chancletas de Martín, cincuenticinco...

DON JAIME (*abalanzándose sobre el libro para comenzar a apuntar*): ¡Ya me arrecuerdo! ¡Me arrecuerdo!

CESAR (*hastiado de tener que preguntar lo de siempre*): ¿Por qué no los apuntó, don Jaime?

DON JAIME (*apuntando*): Había mucha gente, demasiaio. Mediao de mes y to eso.

CESAR: ¿Y cómo yo pueo despachar y arrecordarme de to?

DON JAIME (*alegremente*): Yo también, César. Ya tú ves cómo ahora... Tú te arrecuerdas mejor porque tienes menos años y no reuma y no cansancio. La cabeza bien aceitá, tú. Pero fíjate que ya está to arreglao. (*Termina de apuntar y muestra tímidamente el libro a César.*) Fíjate ahora. Por favor.

CESAR (*mirando el libro con aire superior*): ¡Qué letras y qué números! (*A don Jaime.*) ¿Por qué usted no se compra unos espejuelos? (*Haciendo un gesto.*) No, claro. (*Revisa las cuentas y suma.*) Doce cincuenta, don Jaime. (*Devuelve el libro.*) Pero ¿se da cuenta que con esa vista suya, to lo que yo biera podía robarle?



DON JAIME: Yo sé que tú no, hijo. *(Sonriendo.)* Hijo. Yo sé que tú eres honrado.

CESAR *(amargamente)*: Ya no tanto.

DON JAIME: ¿Cómo?

CESAR: Que ya no tanto. Porque los doce cincuenta nunca han faltao, pero ahora yo tengo una mancha que no tenía.

DON JAIME: ¿Mancha?

CESAR: La mancha en mi trabajo. En lo que usted ha podío pensar de mí.

DON JAIME: Yo no he pensao na malo de ti. Ya te dije: Anoche no me salían las cuentas. Y tú me ayudas siempre, en tos los aprietos. *(Implorante.)* César, esto no significa na. Ya está to claro. Y la culpa fue mía. *(Golpeándose el pecho, al borde de las lágrimas.)* Mía, mía, mía.

CESAR *(absorto)*: A mí no me importan lo que puean decir de mí. To lo más malo, lo puen decir. Pero pillo, no. *(Con un susurro.)* To, menos pillo.

DON JAIME *(desesperado)*: Me voy a comprar unos espejuelos, César. Y te voy a pagar más sueldo. *(Pausa. Luego extiende la mano.)* Hasta mañana, hijo. *(César estrecha su mano desganaadamente.)* Y vete temprano. *(Sonríe.)* Pero no pa trabajar. Quiero hablar mucho contigo. Y por la noche, cuando cerremos, vamos a casa a comer. Y pa que oigas a Consuelo tocar el piano. Tú has visto a Consuelo, ¿verdá? ¿La más chiquita de

mis nenas? ¿La más linda? *(Saliendo rápidamente, alborozado.)* Hasta mañana, César.

*(César camina disgustado por el cuarto, vuelve la vista hacia la puerta, reanuda su paseo, saca y mira un reloj de bolsillo, y acaba por echarse en el catre. A los pocos segundos, tocan a la puerta.)*

CESAR *(incorporándose bruscamente sobre un codo)*: Entra, linda. *(Borra la sonrisa y se confunde cuando aparece doña Fermina, mujer de algunos cincuenta años que tiene aspecto de mujer de clase pobre subida a la clase media. Viste ropa de calle.)* Ah, doña Fermina. No sabía que... Pensé que... Perdone. *(Se pone de pie.)*

DOÑA FERMINA *(tratando de dominar su nerviosidad)*: Te están llamando, César.

CESAR: ¿Llamando?

DOÑA FERMINA: Anita.

CESAR: ¿La sirvienta? *(Reaccionando.)* Ah, será que acabó de lavarme otra múa de ropa. *(Echa a caminar hacia la puerta.)* Voy a buscarla.

DOÑA FERMINA *(rápidamente)*: Tuvo un accidente.

CESAR *(sonriendo)*: ¿Ya me rompió otra camisa?

DOÑA FERMINA: La tienen en el Municipal.



CESAR (*para en seco y, después de una breve pausa, sin mirar a la mujer*): Y . . . ¿Y cómo le sucedió eso a esa niña?

DOÑA FERMINA: Me tuve que salir de misa cuando me enteré. Y la gente estaba amontonada en la plaza. Y dicen que ella andaba por las vías, y que iba sin atender al camino, y que un vagón la pilló. (*Pausa.*) Pero el del vagón . . . que salía del cuartel . . . dice otra cosa. Dice que ella iba llorando, y como sin saber pa dónde coger, y que de pronto . . . de pronto, viró y se tiró debajo del vagón. Porque hoy estaban cambiando los vagones pa recoger la caña mañana. (*Dando un grito y comenzando a sollozar.*) ¡Está sin piernas, y te está llamando!

CESAR (*acobardado*): Pero . . . Pero no será a mí. Será a Cesáreo, el hijo de don Millo.

DOÑA FERMINA (*llorando*): A ti, a ti, dice la mamá. Y el doctor le dijo que su hija había abortao. Pero que se salvaría . . . con la sábana lisa de la cintura pa abajo.

CESAR: ¡No fui yo! ¡No fui yo!

DOÑA FERMINA (*como antes*): Yo lo sabía hace rato. No que estuviera encinta, pero que se querían. Y dirán que los alcahuetaba, pero yo pensaba que serían felices, que se casarían. (*Tomándolo por los hombros.*) ¿Verdá que tú la quieres, César?

CESAR (*cabizbajo*): La quiero. Pero me acuerda a otra mujer.

DOÑA FERMINA: ¿Ya estabas casao antes? ¿Y la abandonaste?

CESAR (*como antes*): No, nunca me he casao.

DOÑA FERMINA: ¿Una querida, entonces?

CESAR (*niega con la cabeza, alza la vista*): No, un familiar. Una viuda, lavandera. Que no ganaba na lavando ropa, y entonces llamaba a to los hombres que pasaban. Y tenía un hijo que, cuando taba con los hombres, lo mandaba a buscar pajaritos. O a buscar leña, cuando el hijo ya no creyó en los pajaritos. (*Firme.*) Y Anita se parece a ella. Hipócrita. Fácil. Lambiscona.

DOÑA FERMINA: ¿Fue tuya y ahora la criticas? Pues tienes que casarte con ella, ¿entiendes? (*Pausa. Suplicante.*) Serán felices, César.

CESAR (*la mira y reflexiona, luego respira hondo*): Ta bien. Horita voy.

DOÑA FERMINA: Yo quiero ir contigo.

CESAR (*rápidamente*): ¿Qué? ¿No confía?

DOÑA FERMINA (*sacudiendo la cabeza*): Yo sé que puedo confiar. (*Pasándole la mano por la cabeza.*) Yo sé que eres un buen hombre. Que arregiarás tu falta. (*Apartándose para salir.*) Voy a hacer cualquier cosa de almuerzo. Acabo en seguida. Así que espérame, ¿ah?

CESAR: Ta bien. Usté me avisa.



*(Doña Fermina sale. César permanece un instante mirando hacia la puerta y luego corre a sacar la maleta de bajo el catre para empacar su ropa a toda prisa.)*

TELON RAPIDO

ACTO II  
ESCENA I

*Zona de la izquierda iluminada.*

MARCOS: Muchos de los aquí presentes recuerdan el San Juan de los Veinte. Una ciudad pequeña, comparada con lo que es hoy. Tendría entonces una población de no más de setenticinco mil u ochenta mil, y su margen cesaba en el Puente de Martín Peña. Sin embargo, era entonces, como lo sigue siendo, el corazón de nuestra Isla, el asiento de Gobierno, la ciudad, con mayúsculas. *(Saca del bolsillo una tarjeta, que lee.)* “La promesa de una urbe grande y bella conteniendo en un rincón conmovedores recuerdos de un pasado interesante”, según el decir de don Manuel Martínez Plée, periodista de esa época. Decir profético, debo añadir. *(Pausa.)* El Gobernador Horace M. Towner estaba en el Poder, tres partidos políticos —el Unión de Puerto Rico, el Republicano y el Socialista— debatían sobre lo



mismo que hoy se debate —el status—, y uno de los hermanos Arriví había establecido la casa comercial “El Infierno” para vengarse de los otros cuatro, que habían fundado “El Cielo”. Fue en “El Cielo” mismo donde César Calles obtuvo su primer empleo en San Juan, adonde había llegado huyendo de la encerrona de los pueblos chicos. Durante un año entero estuvo encargado de bruñir los objetos de plata que los clientes ricos empañaban con sus regateos, o que los compradores enviaban a limpiar periódicamente. Como es lógico, César se cansó de aquello al cabo de ese año. Halló empleo de mensajero en el bufete de un abogado famoso, y lo dejó al mes. Fue luego dependiente en “Los Muchachos”, y por último mensajero en el diario “La Voz”. “La Voz” era, en verdad, un periódico pobre, mal hecho, de seis u ocho pliegos: nada ostentoso ni eficiente, que digamos. Pero en ese apocado ambiente de los Veinte representaba más de lo que en realidad significaba para esta Isla pobre de recursos. De las pocas gacetillas que entonces se tiraban —digámoslo así— era la que más importancia tenía. César entró, pues, por la puerta angosta a su nueva vida. Siempre al margen de la riqueza, al margen de la fama, al margen del bullicio comercial. Pero de puertas angostas, ya sabemos por la Biblia: “Entrad por la puerta angosta; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que

lleva a la perdición; y muchos son los que entran por ella: porque la puerta es angosta, y estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.” (Pausa.) Naturalmente, César no había nacido para llevar recados de un lado a otro toda su vida, ni para traer almuerzos a los obreros del taller y a los redactores. Y él sabía que no había nacido para eso, y ya tenía puesta la vista en su próximo escalón: el puesto de corrector de pruebas. Pero las dudas lo asaltaban. No contaba con la instrucción necesaria para aquel cargo tan descomunadamente importante, según le parecía entonces... Y como César no era hombre que se impusiera metas para luego volverles la espalda, decidió proveerse de educación para aquel puesto. Y como no tenía dinero para pagar a un tutor, como no tenía tiempo para asistir a la escuela, tomó libros prestados, compró otros, hizo preguntas... hasta que ascendió a aquella pequeña cumbre. Y durante ese tiempo en que se dio a leer vorazmente, a preguntar sobre cuestiones gramaticales y literarias, conoció a dos redactores que lo hicieron su protegido. Dos redactores que le llevaron a las tertulias del “Café Delicias”. Dos redactores que se llamaban Atilio Fuentes y Ricardo Obregón...

*(Zona izquierda se apaga, zona del centro se ilumina para descubrir dos o tres*



mesas alrededor de la que ocupan, entre botellas de cerveza, los tres cofrades, dos de los cuales –Atilio y Ricardo– están bastante borrachos. Todos visten chaquetón y chaleco, cuellos duros, corbatas de grandes lazos, a la usanza de 1923. Hay tres bombines en la percha cercana, y las cabezas de los tres hombres lucen cabelleras partidas al medio, relucientes de brillantina. De los tres, es Ricardo Obregón quien más se destaca por su figura un tanto adiposa, su perenne alegría y su vozarrón. Tiene más de cuarenta años, pero conserva las energías y el optimismo de un joven de veinte. Atilio, en cambio, es su contrafigura. Alto, delgado, no pasa de los treinticinco pero parece tener cincuenta.)

RICARDO (*leyendo de una cuartilla*): "... Y siento por el chicharrón una pasión que me exalta. Acércate, Micaela, y dame tú lo que me falta."

CESAR (*sobrio, aplaudiendo y riendo*): ¡Muy bien, muy bien!

RICARDO (*ceremoniosamente serio*): Gracias, César. (*Mirando a Atilio que, acodado en la mesa, sólo sonríe.*) Lástima que tu compañero, el gran poeta de los versos no escritos, no comparta tu

criterio. Claro, él es de los (*exagerando el ceceo*) castizos. (*Inclinándose hacia César para cuchichear.*) De los puristas que escriben con Lloréns para la "Revista de las Antillas". (*Mira otra vez a Atilio y vuelve a inclinarse hacia César.*) ¿Sabes que se la llevé a la revista y me dijeron que no se podía publicar? Imagínate: les pido un mísero rincón para mis inmortales rimas, y me lo niegan. Total, porque la palabra "chicharrón", según ellos, no es (*exagerando otra vez el ceceo*) castiza. (*Reclinándose en la silla.*) Desde luego, al oír eso no pensé más que en el suicidio. (*Enterrándose un puñal imaginario en el corazón.*) Quitarme la vida con un certero endecasílabo. (*Se encoge de hombros.*) Pero... (*Vacía más cerveza en su vaso.*) Soy un cobarde. Un vil ratón... de biblioteca. (*Bebe haciendo un vaivén cómico al llevarse el vaso a los labios.*)

ATILIO (*sonriendo*): Nadie te entiende, ¿ah, Ricardo? Pero yo creí que tú ya te habías encontrado a ti mismo, haciendo chistes cardenales. (*Con mímica.*) Tú los regabas como adocenadas margaritas sobre los adoquines de San Juan, y ellas acababan por viajar al campo y sembrarse en la divina tierra negra de tu tierra. ¿Te acordás, hermano?

RICARDO (*alzando su vaso, comienza a cantar acompañado por Atilio*): "¿Te acordás, hermano, /qué tiempos aquellos? / Veinticinco abriles/ que



no volverán . . .” (*Se detiene, sacude la cabeza.*)  
Lo malo de los –vulgo– chistes coloraos, es que trascienden, pero al fin nadie recuerda al autor.

ATILIO: ¿Y de qué te quejas? ¿Qué mayor gloria que esa? Lo ha dicho Machado, de las coplas.

RICARDO (*asintiendo con la cabeza*): Lo ha dicho el macho de Machado. Pero yo soy vanidoso, Atilio, y quiero que recuerden mi nombre: Luis Lloréns Torres.

ATILIO (*palmeándole el hombro*): Comprendo tus cuitas, vate. Te prometo hablar con la Eternidad.

RICARDO (*abriendo los ojos, con sonrisa ancha*): ¿Eternidad Ramírez?

ATILIO (*serio*): No. Sampedro.

RICARDO (*como antes*): ¿El de las llaves?

ATILIO (*como antes*): No, el bizco.

RICARDO (*sacude la cabeza*): Conoces más gente que yo.

ATILIO (*serio*): Es mi desgracia.

(*Después de este diálogo absurdo, al que parecen ambos acostumbrados, descansan. César, que los ha estado escuchando detenidamente, sonríe, sacude la cabeza, y bebe.*)

CESAR: Que los puetas son locos, me lo habían dicho. Pero nunca . . .

RICARDO: Cuidado, hermano, cuidado. La palabra es “poeta”, no “pueta”. Porque hay una gran diferencia. (*A Atilio.*) ¿No, vate?

ATILIO (*eructa y se tapa la boca*): En efecto.

RICARDO (*a César*): La diferencia es . . . (*A Atilio.*) ¿Cuál es la diferencia?

ATILIO (*respirando hondo*): Pues . . .

RICARDO (*rápidamente, a César*): No sabe.

ATILIO: No. Un momento.

RICARDO: Ah, la diferencia es un momento.

ATILIO: Digo que un momento, que se aguar-den en lo que pienso.

RICARDO (*a César*): Grave cosa.

ATILIO (*reflexionando*): Un poeta es . . . uno que rima . . . (*Hallando las palabras.*) Uno que rima “ardiente” con “sapiante”. Eso es. (*Sonríe, y estrecha la mano que Ricardo le ofrece.*)

RICARDO: ¿Y qué es un pueta, pueta?

ATILIO: Un pueta es . . . Uno que rima . . . “estrella” . . .

RICARDO (*rápidamente*): Con “botella”. (*Ahora es Atilio quien le estrecha la mano, y ambos se saludan con inclinaciones de cabeza.*)

CESAR (*cabizbajo*): Perdonen. Es que tuavía . . . todavía . . . no sé hablar.

RICARDO (*palmeándole el hombro*): Ay, ya se nos enchismó.

CESAR: No. Es que . . .



me gustaría estar en redacción, pero no sé escribir ni una carta. Y cuidao que he tratao. De modo que no puedo estar donde pueda sentirme yo bastante importante. Porque, ¿saben una cosa?, en la redacción uno sí que vale pa to el mundo. Uno, como que dice: "Nadie se va a enterar de lo que pasa en el mundo, si yo no lo escribo."

RICARDO: Eso es cierto. Pero tampoco nadie sabrá lo que pasa en el mundo, si yo lo escribo y en el taller no lo imprimen.

CESAR (*indiferente*): Sí, pero no es lo mismo.

RICARDO: Si tú tuvieras facilidad para escribir, nosotros te buscaríamos algo que hacer en redacción, con mucho gusto. Pero los escritores no nacen todos los días, ¿tú me entiendes? (*César asiente con la cabeza.*) Si no, con mucho gusto te . . .

CESAR: Yo también pienso que, después de to, el no poder escribir no importa tanto. Porque si se va a ver, son palabras al viento. Hay quien lee, pero hay mucha gente más que no lee.

ATILIO: ¿Palabras al viento?

CESAR: Sí, señor. Uno lee y después se olvida.

ATILIO: Tú, que has estado leyendo tanto, ¿dices eso?

CESAR: Pues sí. A mí no me interesa lo que estoy leyendo. Ya usted mismo lo dijo: leo pa ver dónde ponen el acento, el punto, la . . .

ATILIO: Pero es que al mismo tiempo que haces eso, estás . . . estás viviendo una experiencia.

CESAR (*con desgano*): ¿Qué? ¿Lo de un loco que se trepó a un molino? ¿Lo de otro loco que mata a una vieja con un hacha?

ATILIO (*incorporándose bruscamente*): ¡Cómo puedes decir eso!

RICARDO (*se incorpora sonriendo*): Atilio, el muchacho no quiere decir eso. Cálmate.

ATILIO: ¡Pues que no hable entonces! ¡Que se calle! ¡Que corrija pruebas y deje quieta la literatura!

CESAR (*todavía sentado, sin conmovirse por los exabruptos de Atilio*): Es que pa vivir . . . Pa vivir, yo no necesito leer. (*Se ladea hacia el público, hace un ademán hacia la sala.*) Pa vivir, no tengo más que tirarme a la calle.

ATILIO (*a Ricardo*): ¿Te fijas? (*Vociferando.*) ¡Sólo un ignorante puede hablar así! (*La frase se clava en César como una puñalada, haciéndole atiesarse y expresar odio en el rostro.*)

RICARDO (*bajando el tono*): Atilio . . .

## ESCENA II

*Al apagarse las luces del centro, todavía César mira al público con aquella expresión diabólica,*



*los, Atilio y Ricardo. Han pasado algunas semanas. Entra César.)*

CESAR (*tímidamente*): Perdonen. ¿Me puedo sentar?

RICARDO (*mirando a Atilio, que no levanta la vista de lo que escribe*): Eee . . . (*Dudoso.*) Sí, siéntate. ¿Cómo te ha ido por ahí?

CESAR (*engancha su sombrero en la percha, se sienta y mira a Atilio*): Bien. Bien.

RICARDO: Atilio. (*Tocándole una mano tímidamente.*) Atilio, aquí está César.

ATILIO (*alza la vista del papel, serio*): ¿Qué hay? (*Vuelve a lo que escribe.*)

RICARDO (*tímidamente*): Miren . . . No es asunto mío, en verdad. Pero . . . Pero yo creo que ustedes deberían dejar de portarse como el perro y el gato. (*Atilio no se da por aludido.*) Atilio, Atilio, César viene a disculparse. (*A César.*) ¿Verdad, César? (*César se encoge de hombros, se mira las uñas.*) Ustedes dos son buenos amigos, Atilio. Lo que pasa es que tú te vuelas, a veces, por cualquier cosa que dice César. Y él no lo hace por molestarte, Atilio. Son convicciones propias que tiene.

ATILIO (*a Ricardo*): Puerto Rico será todo lo pequeño que la gente diga, pero podemos hacer salir de aquí a esos gringos. (*Vuelve a su quehacer.*)

RICARDO: Bueno, Atilio, ése es tu pensamiento y el mío. Pero César difiere. Y él tiene derecho a diferir. Lo que hay que hacer es no pelearnos entre nosotros mismos, que somos amigos, por cosas que no se pueden resolver en simples discusiones.

ATILIO (*a Ricardo*): Yo respeto las opiniones contrarias, pero no tengo ningún respeto por el que denigra lo propio y se babea por lo ajeno. (*Vuelve a su quehacer.*)

RICARDO (*a Atilio*): César no hablaba en esa forma. El está enterado de las cosas valiosas que tenemos. ¿Verdad, César? (*César levanta el mentón, mira al cielorraso, y asiente con la cabeza.*) César está consciente de eso. Y sabe que nuestro idioma es nuestro, y que el inglés es un idioma impuesto en Puerto Rico. Aunque también es bueno, deseable, aprender inglés. (*Mira a César, que no protesta ni demuestra haber escuchado.*) Ahora, dense las manos como dos buenos amigos. Anden.

*(Ni Atilio ni César obedecen la indicación de Ricardo. Parecen estudiar las defensas individuales, aunque no se miran. Al cabo de unos segundos, César alza poco a poco su mano sobre la mesa y la ofrece a Atilio. Atilio se demora en aceptarla, sigue escribiendo, pero de pronto*



ATILIO (*sin escucharle*): ... No puedes pensar que nadie... (*Mirando a Ricardo, quien ha abierto la boca al oír lo de César.*) ¿Qué dijiste?

CESAR (*alzando la vista*): Dije que tengo mil en el banco.

ATILIO (*cambiando su actitud, todo sonrisas*): ¿Mil... dólares? (*César asiente con la cabeza. Atilio se incorpora, ofrece su mano.*) ¡Chóquela, socio! (*Vuelve rápidamente a los números en el papel, después de estrechar la mano de César, que ahora estrecha la del alborozado Ricardo.*) ¡Ahora sí es más posible! Desde luego, todavía... (*Hace una raya en el papel, tira el lápiz y se ensombrece un poco.*) Posible, pero no probable. Depende de los ánimos de don Pablo.

RICARDO (*alegre*): ¡Tú eres un pesimista, Atilio! ¡Uno que nació de noche, sin luz eléctrica! ¡Llámate a don Pablo y verás!

ATILIO (*sacudiendo la cabeza*): Esto no se puede tratar por teléfono.

RICARDO: Te digo que lo llames y lo tantees, para irle a hablar.

ATILIO (*levantándose con vacilación*): No empiecen ya a contar los polluelos, que puede ser que alguien más le haya hablado. (*Saliendo.*) No se crean que...

RICARDO (*abrazando a César*): ¡Condenado César, por qué viniste con eso de "economías", teniendo un tesoro! Con ese capital que inviertas

en una firma establecida, los bancos se te arrodillan pa que los solicites.

CESAR (*todavía incommovible*): Bueno, yo... Pudiera tener más, pero gasté un poquito en ropa más fina y en mudarme pa Santurce. Porque Puerta de Tierra es un buen sitio, claro. Pero...

RICARDO: Lo único que necesitas ahora es casarte. Una buena mujer, que te apoye, que te...

CESAR: ¿Casarme yo? No. Por ahora... Además, a mí me gusta picar aquí y allá.

RICARDO (*alegre, palmeándole el hombro*): Un lobo solitario, ¿eh? Eso está bien. Pero, mira, uno puede ser feliz. Yo he tenido mucha suerte. Susana me ayuda mucho. Bueno, tan buena es que me ha aguantado durante doce años. Y los muchachos también son algo que... Ni dinero, ni éxito personal de cualquier otra clase, pueden igualarse a la ventaja de un buen hogar. Recuerda eso. Es verdad que uno, de vez en cuando, tiene sus diferencias con la mujer, tiene sus apuros económicos por la educación de los hijos... Pero un hogar, César. El hombre necesita eso, sobre todo.

CESAR (*sonriendo, moviendo lentamente la cabeza, admirando a Ricardo*): Sí. (*Reanimándose.*) Pero uno es joven. Uno tiene tiempo pa todo en esta vida. Uno... (*Se interrumpe al entrar Atilio, cabizbajo y serio.*)



ESCENA III

*Apagón al centro, iluminación a la izquierda.*

MARCOS: ... Y compraron "La Voz". César fue nombrado administrador de la empresa. Y fue César mismo —un joven de apenas treinta años, autodidacto— quien consoló y aconsejó y estimuló a sus socios amigos en los momentos más difíciles que padeció la empresa. Años arduos aquellos, que se harían más arduos en un futuro cercano. Porque ya estaba Estados Unidos en vísperas de aquel horrible descalabro de Wall Street, que, al manifestarse con sus horribles repercusiones, sacudió los fuertes cimientos de innumerables instituciones comerciales en Puerto Rico. El responsable de que lo mismo no sucediera a "La Voz" no fue otro que César Calles. Su serenidad, su fortaleza espiritual, su certero sentido comercial sacaron al periódico adelante. *(Pausa.)* Fue durante un almuerzo en el restaurant capitalino "El Dragón de Oro", cuando César Calles convenció a sus socios amigos de que, para vadear la implacable resaca de la depresión, sería necesario introducir mejoras drásticas en "La Voz"...

*(Apagón a la izquierda, iluminación al centro para descubrir un rincón del res-*

*aurant "El Dragón de Oro". Las mismas mesas de antes, repartidas de distinto modo, servirán, con nuevos tapetes, para dar la impresión de un lugar más refinado. Los mismos personajes, mediante el cambio del peinado o de las corbatas, podrán ilustrar el transcurso de unos ocho años. Pero más que a la apariencia física, se deberá prestar atención a sus temperamentos. César, por ejemplo, aparecerá más seguro de sí mismo, más adulto, y a la vez más siniestro. Atilio, más ceñudo, más cauteloso en su trato con César. Ricardo, por su parte, destacará más sus rasgos patéticos mediante el uso de la mímica. Es él, simbólicamente, el periódico. Es él la presa: esquivo, altivo, vacilante, y... vencido. Al encenderse la luz, mordisquea un trozo de pan. La mesa está puesta para dos. Luce importante, saludando a los comensales imaginarios que pasan por su lado y a los que también le saludan desde las otras mesas; pero su alegría de siempre está, en cierto modo, nublada por la nerviosidad.)*

RICARDO *(levantándose, al entrar César):*  
Oye, creí que no venías. He estado esperando más de media hora, César. Sentado aquí, esperando.



CESAR (*después de saludar a algunas amistades imaginarias, estrechando la mano de Ricardo*): Trabajo, chico, mucho trabajo. Tú, como estás de vacaciones . . . (*Sentándose.*) ¿Qué? ¿Has gozado mucho?

RICARDO (*sentándose*): ¿Gozar? ¿Quién goza ahora en estos tiempos?

CESAR (*con una sonrisa*): ¿Viniste . . . completo?

RICARDO (*tocándose el lado izquierdo del pecho*): Sí. (*Mira en derredor.*)

CESAR (*sacando un sobre del bolsillo interior del chaquetón, lo pone sobre el plato de Ricardo*): Aquí está. Los puedes contar.

RICARDO (*cuchicheando*): Guarda eso, César, guarda eso. Ahora nos están mirando.

CESAR: ¿Y qué tiene que ver que nos miren?

RICARDO (*quita el sobre de su plato y lo coloca a un lado*): Sí, pero . . . Anoche estuve tratando de hacer la carta para Atilio, pero no pude. No me salían las palabras.

CESAR: No te preocupes, vate. Yo se lo diré.

RICARDO (*inclinándose hacia César*): Explícale mi situación. Yo volveré a intentar la carta esta noche. Le digo, o le diré en ella, que trate de comprenderme. Que yo sé que no debía seguir jugando, y menos en estos tiempos. Porque el hambre anda loca por ahí, César, tú lo sabes. Corriendo como una loca, tocando a las puertas,

desgarrando estómagos. Y si yo hubiera previsto esto, las puertas de casa no temblarían.

CESAR: Yo comprendo, Ricardo. Hay vicios que no se pueden dominar.

RICARDO (*altivo*): Pero yo voy a dejar de jugar, César. Ya se lo he jurado a Susana. Pienso pagar mis deudas del juego, y arreglar todo en casa. Porque ¿sabes que Andresito, el mayor, ha tenido mala suerte en su matrimonio? La mujer le exige mucho. Demasiado. Casa, automóvil, vacaciones en Cuba . . .

CESAR: ¿Y por qué no se divorcia?

RICARDO: Porque la quiere, César. Y uno hace cualquier cosa por un ser querido, no importa lo que exija. (*Reflexionando.*) Cuando uno ha pasado las verdes y las maduras con esa persona, se preocupa mucho de no hierla. Y cuando uno va a dar un paso dudoso, lo piensa mucho. Y trata de hacer comprender a esa persona que preferiría cortarse un brazo antes que abandonarla.

CESAR: Atilio no te va a echar nada en cara. El sabe que estás cansado. El sabe que la dirección del periódico no es juego de niños.

RICARDO (*arrogante*): Eso es verdad, César. Los mejores años de mi vida se los he dedicado a "La Voz". Tengo derecho a cansarme, a retirarme, a . . . a pasar la vida en el balcón de mi casa . . . (*con voz quebrada*) . . . leyendo el periódico.



CESAR (*palmeándole una mano*): No lo tomes así. Si quieres, puedes quedarte con nosotros. Tú sabes que . . .

RICARDO (*recuperándose*): No. No. Cuando te hablé por teléfono la otra noche, te expuse bien clara la situación. No podría seguir en aquella oficina.

CESAR: Pero el hecho de que tú juegues y se sepa, no afecta en nada tu trabajo.

RICARDO (*cabizbajo*): Pero afecta mi carácter, César. Y un director debe tener, si no dinero, por lo menos carácter.

CESAR: Pero no se sabrá que tú . . .

RICARDO: No. Mi vida en el periodismo se acabó.

CESAR: No lo dices tanto por el asunto del juego, ¿verdad? Lo dices más por eso (*señalando el pecho de Ricardo*). Pero ya te dije cuando me llamaste: si yo pudiera prestarte el dinero, lo haría. Pero lo necesito para . . . para . . . (*Hace un ademán vago*.) Bueno, estoy pensando casarme. Y para eso tenía el dinero. Ahora tendré que esperar un poco más. Sacrificarme.

RICARDO (*alegre*): ¿Te vas a casar? ¿Y por qué no lo habías dicho? ¿Con quién te casas, César? Porque yo no conozco a ninguna muchacha . . . buena, quiero decir . . . que haya . . . Digo: te gustan mucho las jaranas, pero . . . ¿Con quién, César?

CESAR: Con una buena muchacha.

RICARDO: ¿Cómo se llama?

CESAR (*riendo, estudiando a Ricardo*): No. No te voy a decir. Le he prometido que no diré nada hasta que ella me diga que puedo hacerlo.

RICARDO (*suspica*): Ah. Sí, claro. Estas muchachitas de sociedad . . . (*Saca un sobre del bolsillo interior del chaquetón*.) Bueno, toma. (*Observa, serio, cómo César examina el contenido del sobre y lo guarda en el bolsillo interior de su chaquetón*.) Es triste.

CESAR (*sonriendo complacidamente*): ¿Triste? ¿Qué cosa?

RICARDO (*cabizbajo*): Caer de lo alto.

CESAR (*sonriendo*): Pero ¿no te digo que si yo hubiera podido prestarte el dinero, lo hubiera hecho? Me decidí por la transacción, porque . . . porque esto me permitirá ciertas garantías que podré usar para . . . para casarme, ¿entiendes?

RICARDO (*suspica*): Sí, claro.

CESAR: Bueno. (*Pausa*.) Entonces, ¿no piensas regresar de tus vacaciones?

RICARDO: No. Le escribiré a Atilio y . . . Y más nada.

CESAR: Entonces notificaremos a los empleados que te retiras por . . . por motivos de salud.

RICARDO (*bajando la cabeza*): Eso. (*Se recupera*.) Bueno ¿qué te parece si almorzamos, ya



que todo está . . . *(recalcando la palabra)* bastante . . . claro?

CESAR *(frotándose las manos)*: Estupendo. Tengo un hambre . . . *(Mirando los dos cubiertos.)* Oye, pero la mesa está puesta para dos solamente.

RICARDO: Claro. Somos dos.

CESAR *(sonriendo)*: Ah, verdad, me olvidaba. Me olvidaba de que invité a Atilio a almorzar. *(Mirando su reloj de pulsera.)* No tardará mucho.

RICARDO *(con un sobresalto)*: Pero ¿cómo has podido hacer eso, César? Yo te invité a ti solo. No quiero ver a Atilio, no puedo.

CESAR *(sonriendo)*: Pero ¿por qué? Atilio no come gente.

RICARDO *(levantándose)*: ¿Le dijiste que yo iba a estar aquí?

CESAR: No. Como el asunto, según dijiste, era confidencial . . . Quería darle la sorpresa de verte, después de dos semanas fuera del periódico.

RICARDO *(suplicante)*: César, ¿cómo has podido? No me puedo quedar, entonces. Adiós. *(Va a salir.)*

CESAR *(llamando)*: ¡Ricardo! *(Ricardo se da la vuelta, lo mira, y César levanta el sobre que Ricardo ha olvidado.)* Adiós. *(Ricardo regresa rápidamente, toma el sobre y sale como una exhalación.)*

*(Ahora César se sienta en la silla de Ricardo, toma un trozo de pan y comienza a comer las migas muy ceremoniosamente. De vez en cuando, saluda a amigos imaginarios, muy orondo. Entra Atilio.)*

CESAR *(levantándose, con un tono burlón)*: Oye, creí que no venías.

ATILIO: Estaba . . . *(Se da vuelta para saludar a alguien que lo llama a lo lejos. Luego se sienta en el lugar que ocupó antes César.)* Estaba atendiendo a los cables de última hora.

CESAR *(indiferente)*: ¿Alguna novedad?

ATILIO: Alfonso XIII acaba de huir de Madrid. Y han dado paso a la República.

CESAR *(resollando despreciativamente)*: República.

ATILIO *(conteniéndose)*: Aunque te parezca raro, César, hay gente que concibe esa forma de gobierno como la mejor.

CESAR *(después de dirigirle una sonrisa irónica, haciendo un ademán de apaciguamiento)*: Bueno, no hablemos de política ahora. Hablemos de las mejoras que te propuse para el periódico. ¿Qué decides, por fin?

ATILIO *(sacudiendo la cabeza)*: Sigo pensando como antes. Te dije que iba a pensarlo . . . y lo pensé. Pero mi opinión no ha cambiado. No creo



en cambiar el formato del periódico. "La Voz", o cualquier diario, se identifica, entre otras cosas por su formato. Un cambio drástico desorienta al público, además de que... Además de que eso de "tabloide" jamás me ha gustado. Eso y el énfasis en el material gráfico, le harían mucho daño a "La Voz". Eso sería caer en lo más bajo, César. Sería lo mismo que cambiar el New York Times por el Daily Mirror.

CESAR (*calmadamente*): Hasta ahora yo había pensado en el cambio por razones puramente prácticas, Atilio. Pero ya que hablas de lo que te gusta y lo que no te gusta, permíteme. (*Inclinándose hacia Atilio.*) ¿Sabes la impresión que me causa el formato y la... (*buscando la palabra*)... la discreción de "La Voz"? Me hacen pensar en 1910. Yo también tenía diez años —como este Siglo XX—, y todos los domingos... cuando iba al pueblo... veía pasar un coche de caballos con un hacendao muy rico guiando. (*Asumiendo una postura orgullosa, seria, de individuo que maneja las riendas de un coche de caballos.*) Un señorón muy tirao, con bigotes como alas de guaraguao, llevando a pasear a su familia y a la familia de su familia. (*Pausa.*) Y eso, aunque no me gustaba en 1910, estaba bien para esa fecha. Pero yo soy el siglo, Atilio, y ese señorón del coche, que es el periódico, no tiene derecho a estar en la calle. ¿Entiendes?

No tiene derecho, cuando hay tantos automóviles por ahí. Me afea la calle.

ATILIO (*sonriendo*): Es curioso cómo se revela en ti, a cada rato, el bebé. (*Mordaz.*) El bebé de la rejoya. (*Volviendo a sonreír.*) Es curioso... pero no es nada raro.

CESAR (*herido*): Yo no tuve tus ventajas. Yo no conocí a mi padre, y a mi madre no la quiero recordar. Pero eso sucedió hace tiempo, Atilio. La miseria, para mí, es cosa del pasado. Ahora no tengo nada que envidiarte.

ATILIO (*baja la cabeza*): Perdona, César. No debía hablar así. (*Alzando la vista.*) Debes sentirte orgulloso de tu pasado, porque engrandece tu presente. Entre tus virtudes, ese tesón tuyo es algo digno, muy digno de admirarse.

CESAR (*reclinándose en su silla, sonriendo*): ¿Así que no estás de acuerdo con los cambios que propongo? A pesar de que sabes que la circulación del periódico se tambalea.

ATILIO: No estoy de acuerdo. Pero sabes que yo no tengo la última palabra. Ni tú. Se trata de un voto contra un voto, y el que puede decidir la cuestión es Ricardo.

CESAR (*imitando una risa jocosa*): Me haces gracia, Atilio. Tú sabes que puedes manejar a Ricardo como te dé la gana.

ATILIO: No. Es verdad que Ricardo y yo pensamos casi igual. Tenemos... tenemos ciertas



nociones bastante similares en lo que atañe al periódico. *Casi* igual pensamos. La verdad es que, de un tiempo a esta parte, a Ricardo se le han ido los humos a la cabeza. Gasta más de lo que gana, juega demasiado, tiene arranques de déspota... Ha cambiado, César, y me preocupa. Claro, las deudas siempre trastornan. *(Pausa.)* Bueno, no hablemos de eso. Como digo, tú puedes exponer tu punto de vista, ver si lo convences.

CESAR *(inclinándose hacia Atilio)*: Hace un rato decías que, entre mis virtudes, el tesón era verdaderamente admirable, ¿no? *(Atilio asiente con la cabeza.)* Y el tesón es una mezcla de paciencia y *(hala unos cordones imaginarios)* cabeza, ¿no? Pues tú, en verdad, no tienes idea de toda la paciencia que tengo. *(Se ríe de pronto, confundiendo a Atilio.)* Perdona, Atilio, es que me arrecordé de un chiste. Dicen que... Un chiste colorao, ¿sabes? Muy corto. Tú me perdonas si lo digo, ¿verdad? Claro que sí. Ilustra muy bien el caso... mío. *(Inclinándose hacia Atilio y tomándolo por el hombro para acercar su oído a la boca.)* Dicen que de la única manera que pudo el elefante... ¿cómo se dice?... fornicar a la hormiga, fue con paciencia y con saliva. *(Se echa atrás, ríe estruendosamente. Atilio lo observa muy serio.)* ¿Sabías ese chiste? *(Serio.)* Sí, es muy viejo. Ahora, otra pregunta. ¿Sabes tú

cómo logré que me ascendieran de mensajero a corrector de pruebas?

ATILIO *(serio)*: Bueno... Don Genaro acabó por aceptar la jubilación y... Tú ya estabas preparado para ocupar el puesto, porque habías estudiado por tu cuenta. Desde luego, don Genaro mismo te inició en la cosa.

CESAR *(sombrió)*: A regañadientes me enseñó algunas cosas, el muy cascarrabias. Porque no quería perder el puesto, ¿sabes?, y se imaginaba que yo...

ATILIO: Don Genaro se hubiera ido, tarde o temprano. Ya estaba en edad de jubilación y si seguía en el periódico, era por cuestiones sentimentales. No lo querían echar y él no quería jubilarse. Y como había otros dos correctores más jóvenes...

CESAR *(sonriendo)*: Sí, no quería irse el viejo. Pero lo hice ir.

ATILIO *(sorprendido)*: ¿Ah?

CESAR: Después que me sentí bastante seguro de lo que sabía, empecé a esconderle los espejuelos. A veces, me los echaba en el bolsillo y se los devolvía cuando venía del mandado. *(Imitando voz de muchacho inocente.)* "Ay, don Genaro, fue sin culpa"... A veces los escondía por cualquier sitio, y él me rebuscaba los bolsillos. *(Como antes.)* "Pero don Genaro, si yo no los tengo. Déjeme ir." Hasta que me cansé de aquello, por-



que él se compró otro par de espejuelos que se amarraba al cuello. Entonces sí que tuve que actuar. Una noche lo esperé afuera, cerca de un callejón. Y cuando pasó, lo llamé. Y en el callejón, lo cogí por el cuello. *(Con el puño cerrado, como si agarrara el cuello del viejo, aprieta los dientes.)* "Si usted no se larga del periódico, le rompo to los espejuelos que compre. Y después le hago comer los vidrios, oigalo bien. Los vidrios, uno por uno. Usted está cansado, y tiene quién lo mantenga durante to ese *mucho* tiempo que va a vivir . . . si se larga del periódico." *(Reclinándose en la silla.)* Claro que eran embustes. Pero el viejo se los creyó. Y se fue.

ATILIO *(sobrecogido de terror)*: ¡Pero, César, eso es inhumano!

CESAR *(indiferente)*: Puedo serlo . . . cuando necesito. Pero, en verdad, ya no me atrevería a hacer una cosa así. *(Sacudiendo la cabeza, hipócritamente.)* No se ve bien. *(Pausa.)* Y a propósito, yo creo que ya es tiempo que yo abandone el periódico.

ATILIO *(sorprendido)*: ¿Irte del periódico? Pero . . . César, no puedes dejarme solo. Tú administras bien y . . .

CESAR: Pero me la paso discutiendo contigo. Discusiones agrias a veces, ¿tú entiendes? Discusiones que me dejan resentido.

ATILIO: Pero, César, podemos llegar a entendernos.

CESAR: No lo creo. La única solución es: yo venderte mis acciones, o tú venderme las tuyas.

ATILIO *(titubeando)*: Bueno . . . Yo quisiera . . . Si tuviera dinero compraría tu parte. Pero . . . Bueno, no estoy en condiciones de . . .

CESAR *(sonriendo)*: Ah, entonces ¿lo has pensado?

ATILIO *(como antes)*: Bueno . . . Tú mismo dices que las discusiones . . . A mí también me hacen mal, César.

CESAR: Sí, claro. *(Pausa.)* Lo único, que . . . Necesitarías mucho dinero. Y tú no tienes.

ATILIO: Bueno, como los tres estamos a partes iguales, sería cuestión de comprarte el . . .

CESAR: El sesentiséis y dos tercios por ciento, para ser exacto.

ATILIO *(sorprendido)*: ¿Cómo? Si Ricardo tiene . . .

CESAR: Perdona. Ricardo *tenía*. Me propuso el negocio, porque tiene muchas deudas. El juego, claro. Pues me propuso el negocio *(sacando el sobre del chaquetón)* y yo acepté. Y estas dos terceras partes, ahora, son muy caras. Atilio. No creo que haya en el mundo entero suficiente dinero para comprarlas.

ATILIO *(levantándose)*: ¡Pues yo no te venderé las mías, entiende eso!



CESAR (*calmadamente, esparciendo las acciones como naipes en su mano*): Como te dije, soy el siglo y soy el elefante. Por lo pronto, la Junta de Accionistas del diario acaba de decretar que ya tú no trabajas en "La Voz". Y la Junta de Accionistas ha acordado hacerte la vida amarga, Atilio.

ATILIO (*inclinándose hacia César*): ¡Eres...! (*Se interrumpe, controla sus impulsos.*) ¿Has leído, por casualidad, por una de esas casualidades bien casuales, una obra de Shakespeare que se titula *Julio César*?

CESAR (*como antes*): No, pero he oído hablar de ella.

ATILIO: El César romano, como tú, era muy ambicioso. Y truculento. Y, como tú también, abominaba de la República. Curioso, ¿verdad? Y murió en el Senado, asesinado. Y una de las cuchilladas vino de un amigo íntimo: Bruto.

CESAR (*ríe a carcajadas*): Pero Atilio... Atilio, un bruto sólo podrá matar a otro bruto. (*Vuelve a reír, y Atilio sale bruscamente. Luego, César guarda las acciones y da unas palmadas. Vuelve a reír, da más palmadas.*) ¡Mozo! ¡Mozo, trae vino, a ver si empiezo a comer!

TELON RAPIDO

ACTO III  
ESCENA I

*Zona de la izquierda iluminada.*

MARCOS: ... Mejoras drásticas propuso César que se introdujeran en el periódico. Y, a pesar de las enormes dudas y el temor que abrigaban, Fuentes y Obregón, confiando en la habilidad administrativa y en la corazonada de César, aprobaron los planes. Así fue cómo "La Voz" se convirtió en el primer periódico de formato tabloide en Puerto Rico: formato que el público acogió con mucho entusiasmo, por considerarlo más manuable. Así fue cómo "La Voz" también renovó su contenido, dándole preferencia al material gráfico sobre las largas parrafadas que hasta entonces habían perturbado el deseo de información de nuestro pueblo. Porque un diario no es un medio para filosofar. Un diario es un medio de información clara, concisa, específica. Y eso hizo César Calles de "La Voz", al asumir la dirección. Porque ya, para esos años, Atilio Fuentes y Ricardo Obregón habían decidido retirarse del



periodismo, por motivos de salud. Atilio Fuentes, agobiado luego por la tortura del cáncer, se suicidó en 1934. Ricardo Obregón entregó su alma al Creador hace sólo dos años. Que Dios los tenga en la Gloria. (Pausa.) Yo conocí a César Calles el año pasado, cuando la Universidad de Puerto Rico le otorgó el grado de *Doctor Honoris Causa*. Fue ése un gran homenaje, muy merecido, que casi me ha reconciliado con el Rector. (Sonriendo.) Porque ustedes saben de mis innumerables controversias académicas con el Rector, a quien, sin embargo, respeto. En esa ocasión, no pude menos que felicitarle efusivamente, ya que su selección de César Calles para el grado *Honoris Causa* no podía ser más acertado. En ciertos otros puntos controvertibles, el Rector y yo aún discrepamos. Eso es cierto. Como también he discrepado, en innumerables ocasiones, de ciertos pronunciamientos del Gobernador. Sin embargo, mis diferencias con uno y otro —el Rector de la Universidad, el Gobernador de Puerto Rico— tienen un cariz... muy distinto, digámoslo así. Con el Rector de la Universidad, creo que, a pesar de todo, alguna vez llegue a un acuerdo, si no perfecto, por lo menos bastante acertado. Con el Gobernador de Puerto Rico, con el Partido de Gobierno, jamás. Nos separan nociones políticas que, al principio de la pasada década, parecieron unirnos. De hecho, ingresé en el

Partido de Gobierno; no tengo ningún bochorno en decirlo. Pero las nociones políticas, que para mí siguen siendo las mismas de entonces, fueron... (recalcando las palabras)... alteradas... revisadas... por el Gobierno para satisfacer intereses revolucionarios. Además, aunque las apariencias aparenten negarlo, estamos aquí, en este lugar, por represalias políticas. (Pausa.) Pero, volviendo a aquel magno acto en que a César Calles le fue conferido el grado de *Doctor Honoris Causa*, se imaginarán ustedes mi satisfacción de estar presente aquel día; mi satisfacción de que la Universidad hubiera reconocido, aunque tardíamente, la estatura de César Calles. Porque de triunfos ya estaba cargado César Calles: premios de periodismo no sólo aquí, sino también en Estados Unidos; puestos de gran importancia en asociaciones periodísticas; diplomas de mérito, medallas, trofeos... Y, mirando a aquel gran hombre de quien nunca había visto una sola fotografía —porque su modestia tampoco le permitía eso, ¡ni siquiera eso! —, mirando a aquel hombre, digo, me sentía yo digno de ser puertorriqueño. (Pausa.) Me lo presentaron en el Club de la Facultad, donde lo agasajamos, e inmediatamente nos sentimos atraídos el uno al otro, como si nuestros corazones se hubieran tocado, como si nuestros instintos de rebeldía hacia las graves cosas que ocurren en esta Isla, se hubieran reconocido al



instante. Hablamos de libros, más que nada. El, con su honda sabiduría de la vida, yo . . . con mis pobres y frágiles teorías. Al final del banquete, insistió en que yo le visitara para proseguir nuestras discusiones. Y tal honor me conmovió profundamente . . .

*(A medida que la luz se ha ido extinguendo sobre Marcos, se han encendido las del centro del escenario, donde ahora está situada la biblioteca de César Calles. Es de noche. Hay allí un escritorio, ante el cual trabaja César: un César de cincuentitantos años, encanecido, que luce espejuelos. Ha engordado un tanto, pero su aspecto general sigue siendo el de un hombre viril, decidido y atemorizante. El escritorio —repleto de papeles, periódicos, teléfono, etc.— está colocado entre dos grandes butacas de cuero y un gran estante de libros . . . que lucen demasiado nuevos. Entra la criada del Primer acto, Anita, en una silla de ruedas. Su pelo está más canoso que el de César, su cara más dura, y, a pesar del rústico traje ancho, cerrado al cuello, se nota que le faltan las piernas.)*

ANITA: ¡Ah te procuran.

CESAR *(sin alzar la vista)*: ¿Quién?

ANITA: Un tal . . . Un hombre que . . . *(Tratando de recordar el nombre.)* Ay, Dios. Se llama . . .

CESAR *(como antes)*: ¿Por qué no dejas que Brígida atienda la puerta?

ANITA: Es que ta haciendo las camas, César. Y, como quiera, yo pueco . . . Lo que pasa es que me dan trabajo los nombres. Yo creo que se llama . . . ¿Asencio? No. No me suena. ¿Apon-te? No. Si es largo. Es largo. ¿Celestino? ¿Celestino Ruiz? También podía ser . . .

CESAR *(impaciente, pero sin levantar el tono)*: Anita.

ANITA *(todavía ensimismada)*: Pero si fuera Celestino, yo lo conocería. ¿O está muerto?

CESAR *(como si le hablara a una niña)*: Dile a quien sea, que pase.

ANITA: Ta bien. *(No se mueve. Después de un instante, sacude la cabeza.)* No, no lo conozco. *(Sale.)*

*(César termina de revisar los papeles, se quita los espejuelos y se restriega los ojos. Entra Marcos Almodóvar vistiendo un chaquetón distinto al que ha usado en las escenas anteriores.)*

CESAR *(levantándose solícito)*: Ah, Marcos. Cuánto gusto.



MARCOS (*estrechando la mano de César*): Perdóneme que no haya llamado antes, señor Calles. Sé que es usted un hombre sumamente ocupado, con la mar de compromisos.

CESAR (*sonriendo*): No es necesario que llames, Marcos. A cualquier hora puedes visitarme, ya que de noche casi no salgo. Estaba... estaba leyendo.

MARCOS: Entonces, lo interrumpí. Perdóneme.

CESAR: No, qué va. Ya me aburría el libro.

MARCOS: ¿Qué libro es?

CESAR (*mirando hacia los estantes*): Era... (*Señala vagamente.*) Aquel... Bueno en partes, pero...

MARCOS (*interesado, se mueve hacia los estantes*): ¿Este? (*Coge uno al azar.*)

CESAR: Sí. Una gran obra, dicen, pero...

MARCOS (*mirando el dorso del libro*): "El Señor Presidente". (*Comienza a hojearlo y descubre, a espaldas de César, que las páginas no han sido cortadas.*) Buena novela ésta, pero, como usted dice, un poco pesada.

CESAR: Sí. Novela. (*Frunce el ceño y se pasea.*)

MARCOS (*sonriendo*): La novela de la selva colombiana: tétrica, espantosa. Yo no sé por qué... (*Se sonríe más.*) Yo no sé por qué José

Eustasio Rivera no escribió... no escribe cosas más alegres.

CESAR: Sí. Es muy lúgubre. Es... (*Se encoge de hombros.*) Será que no puede hacer dinero. Porque tú sabes que los escritores, casi todos, son unos muertos de hambre, ¿ah? (*Ríe.*) Sí, la literatura no deja nada. Obras maestras, mucha fama, pero dinero... Dinero, no.

MARCOS (*devuelve el libro a su lugar, se aleja de los estantes*): Yo... Sí, estoy de acuerdo con usted. Pero la literatura es, en verdad, un tema tan pobre para la discusión. A menos que usted se sienta esta noche con ganas de...

CESAR: Bueno, te había invitado para hablar de libros. Pero esta noche... (*Hace un gesto vago.*) Me duele la cabeza, la vista. Por lo pronto, a ver si se me va esta jaqueca, no entremos en cosas muy pesadas, ¿ah? Hay lecturas que...

MARCOS: Como usted guste.

CESAR: Magnífico. Siéntate, hazme el favor. (*Va al escritorio, donde aprieta un botón.*) ¿Qué quieres tomar?

MARCOS: Bueno, un whisky. (*Se sienta.*)

CESAR (*alegre*): Whisky. ¡Eso sí es bebida! (*A Anita, que entra.*) Dile a Ramón que traiga whisky con soda. (*Anita sale.*)

MARCOS (*refiriéndose a Anita, por hacer conversación*): La pobre. ¿Parálisis?



CESAR: No. Cortadas de raíz, las piernas. Un tren. *(Marcos frunce el ceño, sacude lentamente la cabeza y hace "ts, ts".)* Pero es que las mujeres son... Por amores fue la cosa. Y cuando quedó así, y además medio *(se barrena la sien)*..., la recogí por tratarse de un familiar de mi madre. Un familiar lejano, claro. Es... está a cargo de la casa, de los criados.

MARCOS *(frunciendo el ceño)*: ¿Ama de llaves, en esa...?

CESAR *(encogiéndose de hombros)*: Algo así. En verdad, no hace na. Sólo que... que está ahí. El jardinero y el repostero y la cocinera y la criada saben lo que tienen que hacer. Nadie los manda, en verdad. Pero la toleran... la toleran porque se los he dicho. *(Entra Anita con una bandeja de vasos y botellas en la falda.)* Trae acá. Te dije que se lo dijeras a Ramón. Tú no debes... *(Toma la bandeja.)*

ANITA: Pero si no es ninguna molestia. Yo pueo hacerlo.

CESAR *(coloca la bandeja en el escritorio)*: Está bien. Gracias. *(Viendo que Anita no se retira.)* Puedes irte. Ya no necesito... *(Comienza a servir.)*

ANITA *(acercándose a César)*: Palomo... *(Cuchicheando, después de mirar a Marcos.)* El señor no se limpió los pies.

CESAR *(dando con la botella en la bandeja)*: ¡Vete! *(Anita se da vuelta y, amoscada, sale rápidamente. Entonces César se pasa la mano por la frente y continúa llenando los vasos.)* Perdona, Marcos. Es que... Como ves, uno está rodeado de... de seres inútiles.

MARCOS *(meloso)*: Así sucede siempre con los grandes hombres.

CESAR *(impresionado)*: Sí, ¿eh? *(Le entrega el vaso.)* En efecto, así... *(Toma su vaso y se sienta en la otra butaca.)* Bueno, ¿de qué estábamos hablando?

MARCOS: De nada en particular. Por eso espero a que usted inicie el tema que en verdad le interesa discutir. Porque para hablar de libros no me invitó.

CESAR *(relajándose)*: Ah, así me gusta. Bregar con gente inteligente. No andarse por las ramas. *(Pausa.)* Bueno, pues... al grano. Tengo entendido que tú tienes, en una de tus clases, a una estudiante que... *(Guiña un ojo, sonríe.)* Bueno, que me interesa... digamos. Se llama Arminia Calero.

MARCOS *(mirándolo de soslayo)*: ¿La hija de la mano derecha del Gobernador? *(César asiente con la cabeza. Marcos frunce el ceño.)* Pero yo creí que... que usted no querría nada con los miembros del Gabinete.



CESAR (*riendo*): Ella no es miembro del Gabinete.

MARCOS: Pero su padre, sí. ¿Qué es lo que tiene en mente? Porque si está... interesado... en ella, debe tener cuidado. Es hija única y don Cecilio... Digo, ¿cómo va una persona a entregarle su hija a un enemigo?

CESAR: No sería la primera vez. (*Sonriendo.*) Máxime cuando vivimos en... en la vitrina de la democracia y todo eso, ¿eh?

MARCOS: No es por nada, pero ¿no se da cuenta de...? ¿No intenta usted abarcar demasiado, sin ver lo que puede apretar?

CESAR: Cruemos el puente cuando lleguemos a él, ¿quieres? La muchacha me gusta. Tengo entendido que odia al padre a causa de... de ser un simple alcahuete, un hombre que no ha aprendido nunca a decir "no". Por eso es, con mucha razón, una rebelde. Y a mí me gustan las personas rebeldes. (*Guiña el ojo.*) Mujeres, sobre todo. Mujeres jóvenes, sobre el todo del todo. (*Se levanta para pasearse.*) Y quiero que me averigües sobre su vida amorosa, sobre sus ambiciones, sobre sus descontentos, etcétera. No quiero que me malinterpretes, desde luego. No quiero ofenderte en lo más mínimo. Sólo que... Bueno, tú estás en las mejores condiciones para hacerme este favor. Y hacerte yo uno o varios, claro está. (*Vuelve a sentarse.*) Porque... (*Se reclina en la butaca.*)

Hablemos claro, Marcos, sin tapujos. Yo te invité a hablar de libros. Tú te diste cuenta que los libros no me interesan en absoluto. (*Mirando hacia los estantes.*) Tendré que cortar las páginas de muchos para evitar bochornos en el futuro. (*Volviendo a mirar a Marcos.*) Pero eso de no hablar de libros tampoco te preocupa a ti, esta noche, ¿no es cierto? (*Marcos asiente con la cabeza.*) Viniste aquí para hablarme de tus planes políticos. (*Marcos hace un gesto de sorpresa.*) ¿Crees que te hubiera hablado francamente, si no llego a enterarme antes de todo lo que te preocupa y te propones hacer?

MARCOS (*calmadamente*): ¿Qué ha averiguado de mí?

CESAR: Todo. Más de lo que me interesa, en realidad. Sé que de Profesor de Ciencias Políticas quieres pasar a político de primera fila... con mi ayuda.

MARCOS: Usted ha ayudado a otros, antes. Con una hábil propaganda a través del periódico, los ha dado a conocer y luego les ha dado buena publicidad hasta que el público casi está listo para canonizarlos.

CESAR: En efecto. Todos tipos mediocres. Gente en quien uno nunca ha podido confiar para mantener las riendas en la mano. Y yo no soy el tipo de gobernante que quiere estar visible, Marcos. Por eso necesito buenos representantes de mi



poder. No monigotes, claro: simplemente hombres inteligentes, que puedan interpretarme... más o menos. *(Pausa.)* En tu caso, uno siempre corre el riesgo de darte poder que pueda, con el tiempo, reñirse con el mío. ¿O estoy equivocado?

MARCOS *(sonriendo)*: ¿Cómo? ¿Piensa que lo puedo traicionar, una vez que llegue a donde quiero?

CESAR: No exactamente. *(Sonríe.)* Pero siempre cabe la posibilidad de que se te suban los humos. Y que pretendas echarme a un lado para quedarte, al fin, con todo. Desde luego, yo no toleraría eso.

MARCOS: Póngame a prueba. No soy malagradecido. Si usted me ayuda, nunca le pesará.

CESAR *(después de observarle detenidamente, sonríe)*: Bueno...

MARCOS: Yo creo que puedo subir. Si usted me ayuda. Creo que si de inventar fórmulas políticas se trata, puedo hacer algo mejor que el entrambasaguas que tenemos.

CESAR: Sí, pero sabes que estoy en contra de eso. Recuérdalo. Eso de nadar entre dos aguas no me gusta ni me gustará, si es que sólo intentas agrandar un poco más el charquito.

MARCOS *(rápidamente)*: Pero si hablamos de lo mismo. Yo fui del Partido de Gobierno, pero cuando empezaron todas esas manifestaciones con

ribetes de nacionalismo, saqué las manos. Yo quiero hacer de Puerto Rico un Estado más de la Unión. Claro..., con calma.

CESAR *(con intención de probar la paciencia del otro)*: Perdona que te lo diga, pero tú no tienes figura de político.

MARCOS *(riendo)*: ¿Figura? ¿Es que se nace con eso? *(Serio.)* ¿Qué figura tenía Ríos Borjas? Y usted lo glorificó. ¿Qué figura tenía Nicolás Collazo? Y llegó al Senado.

CESAR: Pero se cayeron pronto. Eran unos imbéciles: borrachones, mujeriegos, tramposos. *(Rápidamente.)* En el sentido claro de la palabra, no en el sentido político.

MARCOS *(excitado, percibiendo su superioridad sobre los otros)*: Muy bien. Pues yo bebo por pura cuestión social. Mujeres... Las tomo y las dejo como usted, sin escándalos. Y trampas... Yo no juego ni al esconder. *(Ríe.)*

CESAR *(con cierto desprecio)*: Pero eres un profesor, un hombre rodeado de libros, acostumbrado a las palabras raras. Al público no le gusta nada de eso.

MARCOS: Eso se puede obviar, si se quiere. Por otro lado, el público quiere tener que alzar la vista para mirar al hombre que aspira a un puesto político. Quieren ver en el político lo que ellos no son. Es casi igual que con los actores de cine. Endiosamiento.



CESAR (*satisfecho de su examen*): Bueno, puede ser. (*Mira a Marcos detenidamente.*) Eres joven, de modo que podemos planear las cosas con paciencia. No eres mal parecido. Eres un hombre instruido, de modo que te será fácil usar las palabras. Ya te has destacado en la Universidad por tus peleas académicas, de modo que tu nombre suena. No en todos los círculos, claro, pero podemos usar eso para darte entrada en los titulares. Puede ser. Ríos y Collazo empezaron con menos.

MARCOS (*ofreciendo su mano*): Entonces, ¿cuento con su ayuda?

CESAR (*sin estrechar su mano*): Déjame decirte que cualquier ayuda que yo te preste, la cobro con intereses bien altos. Tú podrás ganarte los banquetes, la publicidad, los besos de las comadres... Pero el poder, el verdadero poder (*alzando las manos*) se queda en estas manos. ¿Entiendes? (*Marcos asiente.*) Además... (*Sonríe.*) Todavía no hemos discutido lo mío.

MARCOS: Le traeré toda la información que desee sobre Arminia Calero.

CESAR: Y también me la presentarás en el próximo baile de tu Facultad.

MARCOS: Pero eso es sólo para el profesorado.

CESAR: Tú puedes invitar a Arminia.

MARCOS: ¿Y si rehúsa?

CESAR: Ocúpate de que no suceda eso. Yo también iré al baile... como invitado especial.

MARCOS: Pero eso no es fácil. Si el Comité de Festejos se opone...

CESAR: No se opondrá. Tú también te ocuparás de eso. A pesar de que se trata de un círculo cerrado, puedes lograr mi invitación. Después de todo, soy un... ¿cómo se llama? ... un Honoris. Soy gran amigo del Rector. Soy un universalista, que es casi lo mismo que universitario, ¿no?

MARCOS: Bueno, me encargaré de todo. (*Ofrece otra vez su mano.*) Hasta la otra, César.

CESAR (*levantándose para estrechar la mano*): Hasta pronto, Marcos.

*(Marcos sale. César termina su bebida, comienza a tararear una canción, mira hacia los estantes de libros, toma un abrecartas del escritorio y, sin dejar de tararear, examina los libros hasta que halla uno con las páginas sin cortar. Allí mismo corta algunas páginas de ése, toma otro para hacer lo mismo.)*

## ESCENA II

*Apagón al centro, iluminación a la izquierda. Aparece Marcos vestido como en el Acto I.*



MARCOS: ... Nunca hubiera podido imaginarme que César Calles y Arminia Calero se amaban. Tan en secreto estuvieron siempre esas relaciones, que, cuando todos ustedes se enteraron de lo ocurrido, achacaron la aparición del nombre de esta pobre muchacha a una simple errata de los linotipistas, estoy seguro. Pero ... (Pausa.) Yo, por mi parte, todavía dudo de la responsabilidad de Arminia Calero en el suceso. Arminia, quien fue estudiante en una de mis clases, siempre sobresalió del grupo por la pureza de alma, la belleza y la inteligencia con que había sido dotada. Además, ¿creen ustedes que una muchacha tan joven, una niña casi, puede haber desatado toda la tragedia que hoy se cierne sobre Puerto Rico? No. Rehúso creer que ella, por puro impulso, nos haya colocado en posición tan precaria. Y rehúso creer que ella, conscientemente, haya tramado esta grave situación por la cual atravesamos todos los amigos de César Calles: la inmensa mayoría del pueblo de Puerto Rico. Porque si bien es cierto que Arminia Calero se enamoró de César Calles y lo cautivó, a su vez, con su inteligencia y su belleza, es mucho más cierto que lo ocurrido surge ante nosotros como el producto de una mente malévola, tirana, despiadada. Porque si bien es cierto que César Calles y Arminia Calero ya planeaban su próximo matrimonio, es mucho más cierto que entre ambos se

interpuso una voluntad ajena, una idea malsana, una fuerza traicionera ...

*(Apagón a la izquierda, iluminación al centro. En la biblioteca de César Calles, Arminia Calero —de veinticinco años, coqueta, rebosante de energías y belleza— se pasea frente a los estantes de libros. Es de noche y ella viste traje de baile. Entra César —vestido con “dinner jacket”— portando una bandeja donde trae copas y vino para ambos.)*

ARMINIA *(se da vuelta y sonríe)*: Esto es un verdadero palacio, César. Lástima que estés tan solo en él.

CESAR *(poniendo la bandeja sobre el escritorio, sirve)*: Uno se acostumbra.

ARMINIA *(tomando su copa)*: Pero, ¿no es demasiado egoísmo vivir solo, cuando todo este lujo podría hacer feliz a ... ? *(Titubea.)*

CESAR *(sorbiendo de su copa)*: Lo que quieres saber es por qué no me he casado, ¿no es eso? Bueno ... No me ha llegado la hora, supongo.

ARMINIA *(con sonrisa maliciosa)*: ¿Ninguna lo ha merecido?

CESAR: Digamos ... digamos que nunca he sentido interés por el matrimonio. ¿Y tú?



ARMINIA: Yo... tampoco. Pero ya estoy viendo cosas, factores, que pueden hacer del matrimonio algo interesante... placentero.

CESAR (*susplicaz*): Sí, ¿eh? (*Pausa.*) Bueno, ¿qué tal te divertiste en el baile?

ARMINIA (*sonriendo*): Mucho. Sabes que siempre me divierto cuando estoy contigo. Bailar en lugares apartados, donde nunca hay nadie que nos reconozca. ¿Cómo te las arreglas para eso, César?

CESAR: Hay maneras de divertirse sin miedo a la publicidad.

ARMINIA: Esta mañana, papá me preguntó si ésta, mi última conquista, era un joven de porvenir. Y si iba en serio el noviazgo.

CESAR: No te preocupes por Cecilio. No sospecha nada.

ARMINIA (*recalcando las palabras*): Sí, pero él quería saber cuáles eran mis... intenciones.

CESAR: ¿Y qué le contestaste?

ARMINIA: Le dije que sí a lo de "joven de porvenir". Le dije que quizá, a lo de "noviazgo... en serio".

CESAR: Muy bien dicho. Y gracias por tratarme de "joven".

ARMINIA: Eres joven. (*Pausa.*) Conozco a muchísimas mujeres casadas con hombres mayores, y son felices. (*Coquetamente.*) Claro que si

nosotros nos casáramos, eso sería el desastre de papá. (*Riendo.*) Y estaría muy bien.

CESAR: También estaría muy bien si la gente supiera que nos vemos, y se imaginaran cosas... que no han sucedido, y echaran a correr los rumores de que somos amantes. Tu padre tampoco podría hacer frente a eso.

ARMINIA: Es verdad, pero del otro modo... mediante el matrimonio, yo no tendría que perder, ¿no crees?

CESAR: Quizá. (*Pausa.*) ¿Sabes que me das la impresión de un diablito? A veces... te tengo miedo.

ARMINIA (*riendo*): ¿Miedo?

CESAR: Sí, me haces hacer cosas que yo no he creído posible. Locuras.

ARMINIA (*volviendo a reír*): ¿Como lo que le hiciste a la viuda del banquero? Nadie se enteró. Por lo menos, no salió en los periódicos. Y, además, me gustó mucho ver el espanto en las caras de la gente del Gobierno.

CESAR: Fue la segunda vez que nos vimos... en ese coctel de la Asociación Benéfica. Y después de eso supe que no eras tan ingenua como yo te creía.

ARMINIA: Nunca te he dicho que soy ingenua, inocente, tranquila.

CESAR (*acercándose*): Creo que, a pesar de todos esos aires de mujer de gran mundo que te



das, eres en realidad una muchachita sana, ahora mismo llena de miedo por encontrarte en mi casa, pura . . . virgen.

ARMINIA (*nerviosa*): Aquella noche no pude dormir. Estuve riéndome a cuenta de la viuda. Porque el champán . . . (*riéndose sin ganas*) . . . el champán le había dañado la peluca.

CESAR (*siguiéndole la corriente*): Bueno, hice lo que me habías pedido, ¿no? Me dijiste: "Salgo con usted mañana, si me demuestra que no le interesa esa viuda que trajo al coctel." Y te lo demostré.

ARMINIA (*riendo*): Buscaste dos copas de champán, le propusiste un brindis y terminaste por vaciarle tu copa sobre la cabeza. (*Casi sin poder contener la risa.*) Y yo no sabía que la pobre tenía peluca.

CESAR (*siniestro*): Pues ya sabes eso. Y sabes que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti . . . con tal de tenerte en mis brazos.

ARMINIA (*mirándolo de soslayo*): ¿Sí? Pues ya sabes cuál es mi precio. Matrimonio. (*Apura su copa y la coloca sobre el escritorio, sentándose en la silla como quien no puede contenerse del susto.*)

CESAR: No seas loca, Arminia. (*Sonríe.*) Tu padre te mataría, y luego se mataría él.

ARMINIA (*con alegría fingida*): No. Yo podría convencerlo poco a poco, antes de dar el

paso final. Además . . . (*Seria, pausadamente.*) Además, ¿tú no quieres ver a papá fuera de tu camino?

CESAR (*riendo*): Pero ¿quién te ha dicho eso? Tu padre es un pobre diablo, tú misma lo sabes.

ARMINIA: Pero tiene un puesto clave en el Gabinete. Y si lo tuvieras a él en tus manos, podrías hacerle mucho daño al Gobierno.

CESAR (*riendo*): Ya estás pecando de tonta, Arminia. Si yo me casara contigo, eso sería otro motivo para que Cecilio me odiara más. Y el mismo Gobernador, sabiéndolo suegro mío, lo echaría del puesto. Así que no gano nada, como puedes ver.

ARMINIA (*reflexionando*): Quizá. Pero entonces . . . Atiende a esto. Cuando Almodóvar me invitó al baile de la Facultad, me estuvo muy raro. No sabía lo que se proponía. Creía que lo hacía para espantar a los demás profesores, impresionarlos llevando al baile a una de sus propias estudiantes. Pero era un riesgo para él, un riesgo tremendo, si tienes en cuenta las malas lenguas. Y yo acepté ir, por eso mismo: por las malas lenguas. Por escandalizarlas. Pero cuando llegué allí, el modo de Almodóvar al presentarnos y salirse del paso, me escamó bastante. Todo parecía . . . arreglado de antemano.



CESAR (*ofendido*): ¿Acusas a Almodóvar de haber seguido órdenes mías?

ARMINIA (*mirándolo fijamente*): No sé.

CESAR: Pues sí, Almodóvar siguió órdenes mías. Tan pronto entraste al salón, me gustaste inmensamente. Y le dije a Almodóvar que si no nos presentaba . . . (*sonriendo*) . . . sería capaz de apagar todas las luces y . . . (*acercándose a ella*) . . . secuestrarte.

ARMINIA (*ríe nerviosamente, toma el abrecartas del escritorio*): Cuidado, doctor. No se acerque, porque lo hinco.

CESAR (*abrazándola tiernamente*): Haz lo que quieras, linda. Mi vida está en tus manos. (*La besa.*)

ARMINIA (*dejando caer el abrecartas, lo abraza*): No sigas, César, no sigas. (*Débilmente, dejándose besar.*) César, bendito. Tengo que . . .

(*Entra súbitamente Anita en su silla de ruedas. Su cara está contorsionada, su cuerpo rígido . . .*)

ANITA (*gritando*): ¡Déjala, condenao! ¡Déjala!

CESAR (*volviéndose hacia ella*): ¡Vete! ¡Lárgate de aquí!

ANITA (*fuera de sí*): ¡Si viene don Jaime y te encuentra con ella, te bota de la pulpería! (*So-*

*llozando.*) Y entonces no se podrán casar. Y el vagón . . . Y el nene no nacerá.

CESAR (*gritando*): ¡Te he dicho que no andes detrás de las puertas, velándome! ¡Que un día de estos te voy a matar!

ANITA (*gritando*): ¡Antes te mato yo a ti, porque Anita no tie la culpa! (*A Arminia, suplicante.*) Anita es pura y buena. ¿Verdá que tú no ties la culpa?

ARMINIA (*atemorizada, a César*): ¿Quién es Anita? ¿Quién es don Jaime? ¿Quién es esta señora, César?

CESAR (*gritando*): Pero ¿no ves que está enferma? ¡Nunca la debí haber recogido! ¡Nunca! (*A Anita, furioso.*) ¡Dejarte allá, que te pudrieras! ¿Ves como les has metido miedo?

ANITA (*compungida*): Pero si yo no voy a hacerle na. Es bonita. Es Anita, y la quiero más que a las otras . . . Más que a todas las rubias y gordas y feotas que tú has traído aquí. (*A Arminia.*) Y él no te va a hacer daño, Anita, porque yo toy aquí, velando.

ARMINIA (*corriendo hacia la puerta*): ¡Llévame a casa, César, llévame a casa!

CESAR (*corriendo tras ella*): ¡Arminia!

ANITA (*gritando hacia la puerta*): ¡Como le hagas daño, te mato! ¡Te mato, César!

(*Apagón al centro, iluminación a la izquierda.*)



ESCENA III

MARCOS: ... Y yo digo que una voluntad ajena se interpuso en el camino hacia la felicidad que llevaban César Calles y Arminia Calero, porque, de buenas a primeras, todo cambió entre ellos. Según la misma Arminia, se siguieron viendo a escondidas, tras un pequeño altercado de los que suelen ocurrir entre seres que se aman. Pero ya no se miraban del mismo modo que antes. Por lo menos, Arminia ha dicho que comenzó a ver a César con distintos ojos. "Con distintos ojos", frase textual. Con ojos cuya visión parecen haber provocado aquel horrible momento, semanas después. Con ojos cuya visión ya no hacían aparecer a César como el hombre ecuánime, bondadoso, digno que es, que ha sido siempre. Con ojos cuya visión parece haber sido reajustada por algo... o mejor, *por alguien*. ¿De quién serán estos nuevos ojos —pregunto yo— cuya visión brindan tan mala apariencia, tan falso concepto, de César Calles? ¿De quién serán estas ideas —pregunto yo— que intervinieron en el pensamiento de Arminia Calero? (*Alzando la voz.*) ¿Quién habrá sido el verdadero responsable de lo ocurrido aquella tarde apacible, calurosa, soleada, en casa de César Calles? ...

(*Apagón a la izquierda, iluminación al centro. Biblioteca. César está al teléfono.*)

CESAR: Pero, linda, me gustaría mejor verte acá... Ella no nos va a molestar, te lo aseguro... Mejor es acá porque... No, a esta hora no podemos vernos en ningún otro lugar... Pero si yo también quiero verte. Me haces mucha falta. Anoche. Sí, pero anoche ya pasó... ¿Vas a venir? ... ¡Eso es! ... Sí, desvíate bastante antes de entrar en la carretera hacia acá. No, pero por si acaso. Bueno, preciosa, hasta ahorita. (*Cuelga, sonríe, se incorpora y respira hondo, satisfecho.*)

ANITA (*entrando*): César, el señor...

CESAR (*sin escucharle*): ¡Mira, no te quiero abajo en toda la tarde! Ahora mismo vas a subir...

ANITA (*compungida*): Pero si yo no toy haciendo na. Es que el señor...

CESAR: ¿Qué señor?

ANITA: El señor de los papeles. El que se parece a Celestino. Quiere verte.

CESAR (*avanzando hacia ella, toma los manubrios de la silla y la conduce hacia la puerta*): ¡Ramón! (*Habla a alguien que está fuera de escena.*) Ramón, tengo cosas muy importantes que hacer, así que lleva a Anita a su cuarto y... y enciérrala.

ANITA (*fuera de escena*): ¡Bendito, César, no! ¡Yo no te molesto!

CESAR (*a Ramón, fuera de escena*): ¡Lléva-



tela! *(Cambiando de tono.)* Marcos, puedes pasar. *(Entra César nervioso, seguido por Marcos, cuya vestimenta ha sido alterada para que no coincida con la anterior.)*

MARCOS *(ofreciendo unos papeles)*: Aquí le traigo mi discurso de la semana pasada en los Leones, y otra cosa más para . . .

CESAR *(tomando los papeles para hojearlos)*: Perdona que te diga una cosa, Marcos, pero será mejor aclarar esto de una vez. De ahora en adelante, envía tus cosas al periódico. Yo hablaré para que las destaquen. Pero, como comprenderás, tengo aquí mucho trabajo . . . siempre.

MARCOS *(herido)*: Perdóneme, Cesar. No sabía.

CESAR *(excusándose)*: No, no lo tomes a mal, por favor. Lo que pasa es que . . . *(Cuchicheando.)* A veces tengo visita de alguna dama, ¿entiendes? Y . . .

MARCOS: Oh, entiendo perfectamente. No se preocupe. De ahora en adelante . . .

CESAR *(regocijado)*: Yo creo que ya está por . . .

MARCOS *(sonriendo)*: ¿Arminia? *(César asiente.)* No quiero ofenderlo. Pero yo, en verdad, creía que ya usted . . . ¿Me entiende? Porque usted sabe de psicología y . . .

CESAR: Sí, por eso. Porque sé de psicología he llevado la cosa con calma. Es una muchachita

terca, interesada, coquetona. Y hay que . . . hay que bregar bien con la situación.

MARCOS: Me alegro, entonces, de que hoy logre . . . *(Volviendo a los papeles.)* Tengo ahí una cosa bastante controvertible.

CESAR: No te apures, que echaremos al canasto a los que más te combatan.

MARCOS: Y estaba pensando que . . . que podría escribir un buen artículo sobre el Rector, contradiciendo muchas cosas que últimamente ha dicho.

CESAR *(haciendo un ademán)*: Con calma, ¿eh? El Rector, después de todo, es muy amigo mío.

MARCOS *(sonriendo)*: Y mío también. Pero eso no quita que . . .

CESAR: Aguántate, por ahora. Ese es mi consejo. Sigue discutiendo sobre la situación extranjera, la educación, la libertad académica y demás, pero no entres todavía en ataques muy de frente, ¿entiendes? Eso lo haremos ahorita.

MARCOS: Pero ¿cuánto tiempo llevo ya en eso? Es necesario . . .

CESAR *(grave)*: Harás eso hasta que yo diga basta, ¿entiendes? Propaganda tienes de sobra, pero será mejor no apurar las cosas.

MARCOS *(cabizbajo)*: Bueno . . .

CESAR *(sonriendo)*: ¿Y qué hay de tu acuerdo con Domínguez?



MARCOS: Muy lento. Usted sabe que es un político taimado. Está dispuesto a concederme ciertas cosas para una futura candidatura, pero quiere atarme muchos lazos.

CESAR: Yo hablaré con él, no te preocupes. *(Mirando hacia la puerta.)* Y ahora siento tener que pedirte que te vayas, pero . . .

MARCOS: No, si ya me voy. *(Va a salir.)* ¿Podremos vernos con Domínguez la semana que viene?

CESAR: Te avisaré. Pienso llamarlo para arreglar una entrevista, a ver si podemos encontrarnos en cualquier lugar lejos de San Juan. Sabes que, por ahora, no conviene que te veas metido entre políticos, ¿eh?

MARCOS *(saliendo)*: Muy bien. Entonces espero su llamada.

CESAR *(avanzando hacia él)*: Marcos, ¿viniste en tu automóvil?

MARCOS: Sí, señor.

CESAR: Pues usa la otra salida, ¿ah? Arminia puede verte.

MARCOS: Muy bien. *(Sale.)*

*(César da vuelta y se pasea por la habitación. Mira su reloj de pulsera, arregla los papeles sobre el escritorio.)*

VOZ DE ANITA *(llamando)*: ¡César!

CESAR *(mirando al cielorraso)*: ¡Cállate, condená!

VOZ DE ANITA *(como antes)*: ¡César!

CESAR *(corriendo hacia la puerta)*: ¡Ramón, a ver si callas a esa mujer! *(Vuelve a pasearse nervioso, mira al cielorraso, escucha un portazo y sonríe. A los pocos segundos, entra Arminia vestida con un traje ligero, de verano.)*

ARMINIA: No debí haber venido, César. Mamá me hizo un montón de preguntas y no me quería dejar salir. Decía que quien me estuviera enamorando, debería presentarse en casa.

CESAR *(riendo)*: ¡Eso nada más faltaba!

VOZ DE ANITA *(gimiendo)*: ¡César!

ARMINIA *(asustada, mira al cielorraso)*: ¿Es . . .? ¿Es ella?

CESAR *(tomándola del brazo)*: No tengas miedo. Está en su cuarto y he dado órdenes para que no la dejen salir . . . por ahora.

ARMINIA: No, si ya no le tengo miedo. *(Dudosa, mirando al cielorraso.)* Pero ¿no sería mejor recluirla?

CESAR *(mirando al cielorraso)*: Quisiera, pero no me da el corazón. Tú sabes lo que te dije. Es como . . . como un cargo de conciencia. El único familiar que me queda. Me quiso mucho cuando yo era un . . . muchachito. Y como yo le prometí a abuela, siendo ella la más pequeña . . .

ARMINIA *(consoladoramente)*: Yo entiendo,



César, entiendo. Y te admiro más por eso: por llevar una carga tan grande.

CESAR (*con resentimiento*): A veces pienso que mejor estaría muerta. Que aquel automóvil del amante, en vez de troncharle las piernas, la debió dejar sin vida en medio de la carretera. (*Cambiando el tono.*) Pero a veces también pienso que... que le debo una deuda de cariño que ahora trato de (*cabizbajo, lánguido*) pagar. Y ella misma no se da cuenta.

VOZ DE ANITA (*como antes*): ¡César!

CESAR (*a Arminia, moviéndola hacia la butaca para distraerla*): Bueno, dime que has pasado catorce horas horribles por no estar conmigo.

ARMINIA (*sonriendo*): Sí, ya te he dicho la falta que me haces una y otra vez. (*Seria.*) Pero he pasado horas terribles esta mañana, y por culpa tuya... y de papá. (*Se sienta.*)

CESAR (*alarmado*): ¿Qué te hizo Cecilio?

ARMINIA (*con fingida preocupación*): Nada. Sólo que esta mañana me hizo compromiso con uno de los niños peras del Departamento de Estado, para... (*limpiándose las uñas*)... para ir a un baile en el Hilton esta noche.

CESAR (*suspica*): ¿Y tú aceptaste?

ARMINIA (*encogiéndose de hombros, cabizbaja*): Pues... ¿Qué remedio me costaba?

CESAR: Pero puedes... puedes decir que estás enferma.

ARMINIA (*sin levantar la vista suspirando*): Pero es que... Yo creo, por lo que ha insinuado papá, que quiere casarme con alguien así. (*Alzando la vista, quejosa.*) Y tú sabes, César, que yo no me casaré con nadie... sino contigo.

CESAR (*evasivo*): Sí, sí. Ya te he dicho... Hay que ir poco a poco, porque si Cecilio se entera... Tú sabes que él no va a dar su aprobación.

ARMINIA: Pero de eso no estamos seguros. ¿Por qué no le hablas? Ya llevamos mucho tiempo viéndonos, y yo... No podemos seguir así, César. Si alguien nos ve, la gente comenzará a decir que somos amantes.

CESAR (*sonriendo*): ¿Amantes? (*Se encoge de hombros.*) Tú, como quiera, casada o no conmigo, tendrías de todo. Dinero, automóviles...

ARMINIA (*frunciendo el ceño*): Pero ¿qué insinúas? Yo no soy... yo no soy una...

CESAR (*inclinándose sobre ella*): Arminia linda, ¿todavía no te han enseñado en la Universidad que ninguna mujer nace prostituta?

VOZ DE ANITA (*sollozando*): ¡César!

ARMINIA (*recuperándose del choque que le han producido las palabras de César*): ¡Entonces, tú...!

CESAR (*la aprisiona en el asiento poniendo sus manos sobre los brazos de la butaca*): Podríamos irnos hoy mismo a Islas Vírgenes. (*Ríe.*) Islas



Vírgenes. Está bueno eso. (*Serio, notando que Arminia no compaste su sentido humorístico.*) Nadie tiene que enterarse, Arminia. Tú puedes inventar cualquier excusa para el viaje. Después . . . después puedes pedir lo que quieras . . . menos casamiento.

ARMINIA (*ocultando su rostro entre las manos*): Eres . . .

VOZ DE ANITA (*llorando*): ¡ César!

CESAR (*besando ligeramente la frente, una mejilla, una mano de Arminia*): Seamos adultos, linda. Tú me propones un negocio —matrimonio—, y yo te propongo otro . . . más razonable.

ARMINIA (*alzando el rostro*): Entonces, todo este tiempo . . .

CESAR (*irguiéndose, calmadamente*): Eres muy mala actriz, Arminia. Tú sabes muy bien, desde el principio, que yo no soy hombre casero.

ARMINIA (*obsedida por los recuerdos*): Pero por qué . . . Tú llegaste a prometerme matrimonio. Tú dijiste que . . .

CESAR: No creas todo lo que te dicen, cuando uno está . . .

ARMINIA (*incorporándose lentamente*): ¡Por qué yo, César? ¡Porque soy atractiva? Hay por ahí muchísimas mujeres atractivas que puedes seducir. ¡Por qué yo? (*Retrocede hacia el escritorio sin dejar de mirar a César.*) ¡Porque soy hija

de Cecilio Calero? ¡Porque en realidad no importo nada como mujer, sino como un arma para tú desquitarte . . . vengarte de papá y de todos tus enemigos?

CESAR (*avanzando hacia ella, haciéndose el despreocupado*): Pero, linda, a mí no me importa de quién seas hija. Con tal que seas mía toda.

VOZ DE ANITA (*llorando*): ¡ César!

ARMINIA (*escudándose con el escritorio*): ¡No te acerques, César, no te acerques! ¡Me voy y no quiero verte más, porque eres un viejo! ¡Un horrible viejo con dinero y prestigio! ¡Y de yo haberme casado contigo, te hubiera sido infiel!

CESAR (*avanzando*): ¡Lo ves? Eres una prostituta. (*Da un salto y atrapa a Arminia contra el escritorio para comenzar a besarla en todo el rostro.*) Eres una putita, mi cielo. Una putita mala.

ARMINIA (*rehuyendo el cuerpo y la cara*): ¡Déjame ir, César! (*Sollozando.*) ¡Déjame ir! (*Sus manos, buscando apoyo en el escritorio, se topan con el abrecartas, que esgrime y clava una y otra vez en el cuello de César.*)

CESAR (*dando un grito*): ¡Putita! (*Se desliza sobre el cuerpo de ella.*) ¡Pu . . .! (*Cae.*)

ARMINIA (*absorta, temblando*): César . . . (*Mira el abrecartas y lo tira. Luego hace un amago de inclinarse para examinar a César, pero desis-*



*te de la idea y sale corriendo histérica.) ¡ Socorro! ¡ Ayúdenme!*

VOZ DE ANITA (*fatigada de tanto llorar y gemir*): ¡ César! ¡ César!

*(Apagón súbito al centro, iluminación a la izquierda. Marcos ha vuelto a vestir como en el Acto I.)*

MARCOS: ... Porque se ha alegado, tontamente, que lo ocurrido fue el trágico balance de una pelea entre amantes. Y yo ya he dicho que no nos debemos dejar llevar por las apariencias. (*Recalcando las palabras.*) Este crimen, este horrendo crimen, no es un crimen pasional. Es algo más, algo peor, porque la pasión contenida en él nada tiene que ver con el amor. No hay más que examinar los factores envueltos en esta tragedia, desarmar su mecanismo. No hay más que escudriñar las fuerzas en pugna. No hay más que recordar que César Calles —un hombre honorable, rebelde a la injusticia— podía ofrecer tan fiera batalla con sólo sus dotes ejemplares, que para vencerlo se hacía necesario recurrir a ardid e instrumentos aparentemente inocentes. (*Pausa.*) El cielo sigue nubiado, pero pronto surgirá lo azul. Los buenos amigos de César así lo quieren. Los buenos amigos de César, el pueblo de Puerto Rico. Porque no hay que temer a una tormenta, ni

tampoco a mil. Siempre se lucha y se sobrevive porque hay conocimiento de que, más allá, está el cielo azul. (*Pausa.*) Ahora, sólo nos queda comulgar aquí, en este desolado lugar, en este sobrio y memorable banquete de ideas, sin llanto alguno, sin flaqueza alguna... (*Pone una rodilla en tierra y recoge un barro imaginario.*) Y, con nuevo barro, sepultar la dolida envoltura que fue el cuerpo de César Calles. Porque su corazón (*mirando a lo alto*) palpita allá arriba, y aguarda el brote de un nuevo cuerpo, de entre ese mismo barro puertorriqueño. Traigan, pues, las flores, que el corazón, el esperanzado corazón de César Calles, aguarda... rico de sangre. (*Mirando a lo alto, incorporándose para abrir los brazos.*) ¿Me escuchas, César? (*Al público.*) Nos escucha.

#### TELON LENTO

Seminario Multidisciplinario José Millio González  
B. ...  
F. ...  
Univ. ...  
Recinto de Río Piedras